

INSTITUTO CARO Y CUERVO

FACULTAD SEMINARIO ANDRÉS BELLO



TRABAJO DE GRADO MAESTRÍA EN ESCRITURA CREATIVA

PAOLA ANDREA MEDINA PACHECO

REPÚBLICA INDEPENDIENTE

BOGOTÁ

2024

DEDICATORIA

A mi adorada hija Alicia, que es la luz de mi vida y mi mayor inspiración. Cada paso que doy está iluminado por tu presencia y tu amor me impulsa a ser mejor cada día.

A mi mamá, cuyo amor incondicional y sacrificios han sido la base sobre la cual he construido mi vida. Gracias por tu infinita paciencia, tu apoyo constante y por ser mi ejemplo de fortaleza. Todo lo que soy, te lo debo a ti.

A mi papá por regalarme libros y enseñarme a perderme en la literatura. Estas letras son también tuyas.

A mis queridas abuelas y tías, que con su sabiduría y cariño han dejado una huella imborrable en mi corazón. Sus historias, enseñanzas y amor han sido mi guía y mi refugio a lo largo de los años.

A todas las mujeres que forman parte de mi linaje de valentía, perseverancia y amor. Ustedes son la prueba viviente de que la fuerza y la gracia pueden coexistir, y que el amor y el sacrificio son los pilares de nuestra existencia.

AGRADECIMIENTOS

A mis lectores de confianza y amigos Diego Chalela y Álvaro Rivera, por perderse en mis historias, por creer en mi escritura y por darme confianza cuando me atacaba la duda.

A mis maestros del Instituto Caro y Cuervo por regalarme tantas lecciones de literatura y de vida.

A mi tutor Juan Cárdenas por su generosidad infinita con su conocimiento y por su apoyo incondicional.

Esta obra no habría tomado consistencia si no fuera por tu guía.

Continúa leudándose como el pan.

BIBLIOTECA JOSÉ MANUEL RIVAS SACCONI

INFORMACION DEL TRABAJO DE GRADO

1. Trabajo de grado requisito para optar al título de: Magíster en Escritura Creativa

2. Título del trabajo de grado: República Independiente

3. Autoriza la consulta y publicación electrónica del trabajo de grado:

Sí autorizo ☒, No autorizo ☐ a la biblioteca José Manuel Rivas Sacconi del Instituto Caro y Cuervo para que con fines académicos:

- Ponga el contenido de este trabajo a disposición de los usuarios en la biblioteca digital Palabra, así como en redes de información del país y del exterior, con las cuales tenga convenio la Facultad Seminario Andrés Bello y el Instituto Caro y Cuervo.
- Permita la consulta a los usuarios interesados en el contenido de este trabajo, para usos de finalidad académica, ya sea formato impreso, CD-ROM o digital desde Internet.
- Socialice la producción intelectual de los egresados de las Maestrías del Instituto Caro y Cuervo con la comunidad académica en general.
- Todos los usos, que tengan finalidad académica; de manera especial la divulgación a través de redes de información académica.

De conformidad con lo establecido en el artículo 30 de la Ley 23 de 1982 y el artículo 11 de la Decisión Andina 351 de 1993, **“Los derechos morales sobre el trabajo son propiedad de los autores”**, los cuales son irrenunciables, imprescriptibles, inembargables e inalienables. Atendiendo lo anterior, siempre que se consulte la obra, mediante cita bibliográfica se debe dar crédito al trabajo y a su autor.

4. Identificación del autor

Firma: 

Nombre completo: Paola Andrea Medina Pacheco

Documento de identidad: 52.800.536 de Bogotá

DESCRIPCIÓN TRABAJO DE GRADO

AUTOR

Apellidos	Nombres
Medina Pacheco	Paola Andrea

DIRECTOR (ES)

Apellidos	Nombres
Cárdenas Cerón	Juan Sebastián

TRABAJO PARA OPTAR POR EL TÍTULO DE: Magíster en Escritura Creativa

TÍTULO DEL TRABAJO DE GRADO: República Independiente

NOMBRE DEL PROGRAMA ACADÉMICO: Maestría en Escritura Creativa

CIUDAD: Bogotá AÑO DE PRESENTACIÓN DEL TRABAJO: 2024

NÚMERO DE PÁGINAS: 65

TIPO DE ILUSTRACIONES: Ilustraciones ____ Mapas ____ Retratos ____ Tablas, gráficos y diagramas ____ Planos ____ Láminas ____ Fotografías ____

MATERIAL ANEXO (Vídeo, audio, multimedia):

Duración del audiovisual: _____ Minutos.

Otro. ¿Cuál? _____

Sistema: Americano NTSC _____ Europeo PAL _____ SECAM _____

PREMIO O DISTINCIÓN (En caso de ser Laureadas o tener una mención especial):

Trabajo de grado meritorio.

DESCRIPTORES O PALABRAS CLAVES: Son los términos que definen los temas que identifican el contenido. *(En caso de duda para designar estos descriptores, se recomienda consultar a la dirección de biblioteca en el correo electrónico*

biblioteca@caroycuervo.gov.co):

ESPAÑOL

Novela	colombiana,	literatura
latinoamericana.		
Maternidad,	clandestinidad,	conflicto
armado		
Infancia, identidad, secretos de familia		
Narrativa en primera persona		

INGLÉS

Colombian	Novel,	Latinamerican
Literature.		
Motherhood,	Clandestine	Operations,
Colombian Conflict		
Childhood, Identity, Family Secrets		
Narrative in the First Person		

RESUMEN DEL CONTENIDO Español (máximo 250 palabras):

Avance de novela que explora el impacto de las luchas sociales dentro de las familias colombianas de finales del siglo XX. La obra pretende acompañar el ejercicio de memoria que de una joven que intenta comprender por qué su madre ha estado ausente. Esta pulsión por conocer la verdad sobre la madre y las narrativas económicas, sociales y políticas que la atraviesan irán revelando detalles que cuestionan su visión del mundo y la construcción de su propia identidad. Los personajes que habitan la vida de la protagonista, los secretos familiares y lo que se quiere borrar o manipular de la propia existencia es el hilo conductor de esta historia. La obra le ofrece al lector una exploración de secretos, sacrificios personales y la búsqueda de la verdad. Reflexiona sobre cómo la guerra moldea la identidad y la comprensión de uno mismo.

RESUMEN DEL CONTENIDO Inglés (máximo 250 palabras):

This novel in progress explores the impact of social struggles within Colombian families in the late 20th century. Throughout this pages, the reader will accompany a young woman's journey to understand why her mother has been absent. Her drive to uncover the truth about her mother and the economic, social, and political narratives surrounding her, gradually reveal details that challenge her worldview and the construction of her own identity. The characters in the main's character life, her family secrets, ascertain aspects of existence that

people wish to erase or manipulate form their own story. The novel offers readers an exploration of secrets, personal sacrifices, and the search for truth, reflecting on how war shapes identity and self-understanding.

TABLA DE CONTENIDO

0. URÓBOROS	8
1. REPÚBLICA INDEPENDIENTE	16
2. FRENTE DE BATALLA	45
BIBLIOGRAFÍA	65

0. URÓBOROS

«Si una serpiente empieza a comerse su cola y acaba comiéndose absolutamente todo su cuerpo, ¿dónde estaría la serpiente, si está dentro de su estómago, que a su vez está dentro de ella?»

Paradoja de la serpiente

La iglesia se veía diferente, atestada de personas que casi nunca van a misa. Había mamus indígenas, líderes afro, músicos y artistas de todos los sectores que miraban al suelo mientras escuchaban las palabras del cura que hablaba de alguien a quien no conoció. Ernesto fue un gran hombre, Ernesto está sentado junto al Padre Celestial, nuestro hermano Ernesto, decía. Lo que nos mantenía en comunión no eran sus palabras sino el dolor de darle el último adiós a ese hermano al que nunca nadie había llamado por su nombre de pila, Ernesto.

No hubo música religiosa en el funeral, pero sí vallenato y rock. Chillaron las gaitas, tronaron los tambores y se escuchó la guitarra eléctrica con la que Ernesto, o mejor, Teto, enloqueció al público en muchos escenarios. Esta vez los acordes se oían como lamentos desgarrados, como alaridos desafinados. La música no llevaba la alegría rítmica habitual: era más bien un triste clamor.

Quien tocaba la guitarra era Gonzalo, el hermano de Teto. Rasgaba las cuerdas con rabia. Rabia por haber perdido a su compañero de música y de vida, rabia consigo mismo por no haber podido evitarle la muerte, rabia con la medicina indígena por haberle quitado tiempo de tratamiento, rabia con su hermano por haberlo dejado y con sus sobrinos por haberle ocultado el verdadero diagnóstico.

Gonzalo supo que su hermano padecía cáncer de pulmón, tres meses antes de su muerte, cuando tuvieron que trasladarlo desde Santa Marta para que pudiera recibir un mejor tratamiento

y para estar cerca a su familia. Cuando Gonzalo fue a verlo lo encontró irreconocible, envejecido y desconectado de la realidad por la cantidad de medicinas que le recorrían el torrente sanguíneo. No encontró a su hermano. Teto ya había sido desahuciado y prefirió guardarse el secreto en el corazón. No supo cómo contarles a quienes lo querían que se iba a morir y Gonzalo no se lo perdonó.

Teto decidió transitar la enfermedad en silencio. No quiso que nadie supiera que estaba enfrentándose a la muerte y, para evitarles el dolor a sus seres queridos, se alejó. Decía que estaba cansado, que no estaba listo para recibir visitas, pero su hermano Gonzalo conocía el secreto, aunque nadie se lo hubiera revelado, porque habían compartido la música y en toda música hay silencios que son en realidad la confirmación de la muerte. Intentó verlo pero Teto se escondió con la complicidad de su hijo mayor.

Ahora la rabia de Gonzalo se hacía música en la iglesia. Quienes lo acompañamos sentimos en sus acordes el dolor y nos vibró el alma. Hizo su reclamo en cada nota y la melodía me llevó de regreso a un día de mi infancia, el día en que encontré a mi abuela acostada en la cama y a mi papá llorando junto a ella. Ese día había llegado como de costumbre a saludar emocionada a mi abuela y corrí escaleras arriba hasta su puerta que, para variar, encontré cerrada. Me detuve por un momento, algo dudosa, pero me ganaron las ganas de verla. Empujé la puerta e intenté entrar a la habitación, pero ambos gritaron que me fuera y supe que ahí adentro se guardaba un secreto.

Cuando tenía diez años mi abuela fue diagnosticada con cáncer de páncreas tipo cuatro. No había mucho que hacer en ese entonces contra la enfermedad. El médico reunió a algunos de sus hijos —porque habría sido imposible tener la conversación con los trece que llegaron a la edad adulta— y les dijo que el estado de su madre era delicado y que no le quedaba mucho

tiempo. Ellos se negaron a enfrentar su deceso y optaron por ocultarle la verdad a la propia enferma. Le dijeron que tenía una infección intestinal bajo el supuesto de que la esperanza de una recuperación la llenaría nuevamente de vida.

La llevaron a la quimioterapia engañada y le inventaron mil mentiras con las que le ocultaron su diagnóstico. Mi abuela murió oficialmente sin tener total certeza de que tenía los días contados. Mi mamá y sus hermanos le escondieron la verdad a ella y a mi abuelo, su pareja de más de cincuenta años, al que aislaron de las visitas médicas para que no descubriera el estado real de su esposa.

No les perdono a mi mamá ni a sus hermanos que hubieran hecho un pacto de silencio que le impidió al médico exponerle un panorama sincero a mi abuela. Desconozco las razones que los llevaron a tomar la decisión —todas muy nobles, me imagino— pero tampoco me importan. La idea de que una mentira podría salvarla me parece ridícula, un tanto supersticiosa, como si con no nombrar los problemas éstos desaparecieran. Tal vez por eso suelo negar las adversidades, esconderlas a la espera de una solución mágica que no va a llegar, como hizo Teto con su enfermedad o mi familia con la de la abuela. Sean cuales fueran las razones, no compartir el diagnóstico con quien lo padece me parece de una mezquindad infinita. ¿Quiénes somos para ocultarle la razón del padecimiento a quien lo sufre? Y cuando hablo de sufrirlo no me refiero solo a padecer en carne propia. El dolor de los seres queridos es tan real como el del enfermo y también debería ser tenido en cuenta.

La conspiración de silencio llenó de mentiras los últimos días de la abuela, que detestaba sentirse engañada. La llevaron burlada a la tumba sin ningún remordimiento, con la estúpida convicción de haber hecho lo correcto. Sigo sin entender quién les dio la potestad de mentirle a ella, una mujer que parió más de quince veces y que logró criar a sus trece hijos y a mi abuelo.

A ella, una mujer fuerte, que manejaba las finanzas de la casa y ponía a andar a todo un ejército de muchachos a punta de determinación.

Cuando era niña, odiaba que mi mamá y mis tíos hablaran en secreto. Sospechaba de ellos cuando los oía susurrar. Se la pasaban hablando pasito, guardando cosas bajo llave, hablando a media voz por teléfono. No sé dónde aprendieron que el dolor y las dificultades son vergonzantes. ¿Lo habrán aprendido de la propia abuela quizá? No lo sé. De lo que sí tengo certeza es de que mi vida estuvo atravesada por el secretismo familiar y las verdades a medias.

Muy temprano entendí que había un acuerdo tácito en mi familia. Si no nombrábamos las vulnerabilidades, nadie podría usarlas en nuestra contra. Cuando había carencias económicas, se hablaba de ellas en voz baja, como si esto las debilitara. Cuando diagnosticaron a una tía con esquizofrenia, en la familia le dijeron que su condición tenía una causa externa para no reconocer que todos la llevamos en el ADN y de esa manera todos podríamos vivir cómodamente engañados.

Pero se mentían a sí mismos porque la abuela murió sabiendo perfectamente que tenía cáncer. Un día le pregunté a mi papá por la tarde en que lo vi llorando junto a la cama de mi abuela. Me dijo que habían tenido una conversación muy conmovedora. Ella, en su infinita sagacidad, apeló a la ética médica y le preguntó a mi papá como médico y no como yerno, qué tan avanzado estaba el cáncer. Mi papá quedó en shock, pensó que alguien había quebrado el pacto de silencio y le habían ido con la noticia, pero no. Ella simplemente había vivido más que todos sus hijos y algo le decía que debía prepararse para morir. Mi papá no tuvo corazón para engañarla, tampoco estaba dispuesto a violar la ética médica y le contó lo que sabía. Pero la mentira no paró ahí. Ella continuó fingiendo el desconocimiento para evitar que sus hijos supieran que estaba al tanto de su propia enfermedad.

Me pregunto quién será el timador y quién el timado en un caso así.

Entre silencios y susurros me dissociaba escudriñando las estanterías de la biblioteca. Creía que cada libro traía un mensaje que debía descubrir. Buscaba frases, luces, pistas: cualquier cosa que me ayudara a develar los secretos familiares. Recuerdo el día en que comencé a entender a mi abuela. Ese día la palabra “sexo” brilló en letras rojas en el lomo de uno de los libros. Me atacó la curiosidad y el pudor. Finalmente, en un libro de Simone de Beauvoir, *El segundo sexo*¹, encontré lo que la abuela callaba para evitarme el dolor de vivir antes de tiempo. En sus páginas hallé lo que los demás no se atrevían decir. Beauvoir le puso palabras a lo que hasta entonces no pasaba de una intuición infantil y gracias a ese descubrimiento pude comenzar a tejer con ellas algo de sentido para mi mundo. Confeccioné en mi mente a mi abuela ya fallecida, a mi mamá y a mis tías. La incertidumbre disminuyó. Con el tiempo amplié mi repertorio y fue tal mi reclusión en los libros, que llegué a pensar por un momento que solo en esas páginas alguien me hablaba con la verdad. Empecé a desenredar mi historia, como parte de este territorio, de la mano de Albalucía Ángel² y José Antonio Osorio Lizarazo³. Rilke⁴ acompañó mi soledad. Robé sus palabras y las de tantos otros para crear, como hizo el Dr. Víctor Frankenstein con su criatura, una visión del mundo con fragmentos de historias, de ficciones de otros. Pero jugar a ser Dios, así sea en la ficción, tiene consecuencias y la creación me resultó tan terrorífica como la de Mary Shelley. Enfrentarme a la tarea de urdir una ficción me aterra tanto como los secretos de familia que componen la narrativa íntima con

1 BEAUVOIR, S. (1987). EL SEGUNDO SEXO (1a. ed.). Buenos Aires: Siglo XX.

2 ÁNGEL, A. (1981). Estaba la pájara pinta sentada en el verde limón (2ª. ed.). Bogotá: Plaza y Janés.

3 OSORIO LIZARAZO, JA. (1952). El día del odio (1a. ed.). Bogotá: Ediciones López Negri.

4 RILKE, R. M. (1993). Cartas a un joven poeta. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Alianza Editorial

la que intento armar mi propia historia, pero con tantos vacíos me pregunto si realmente sé de dónde vengo y quién soy.

Navego muy bien los misterios, busco claves para entenderlos e interpretarlos al mejor estilo de Sherlock Holmes. Tal vez por eso me apasiona la historia⁵, porque con ella tejo relatos buscando alguna versión que me conceda una ilusión de certeza, aun a sabiendas de que todo esto no es más que otra mentira. Otra verdad a medias, rasgo de familia.

La única certeza que tengo en esta vida es que moriré como Teto, como mi abuela y como tantos otros que se han ido. El resto son relatos, historias que me cuento para darle un propósito a mi existencia en este mundo que entre más habito menos entiendo. ¿Hay un propósito para nuestra existencia o somos producto del azar? Maldito ateísmo que no deja creer a ciegas.

Desconfío de todo lo que me rodea, de las noticias que leo, de lo que me cuentan, de lo que se afirma con vehemencia. Desconfío de mis ojos, de mis oídos y de mis sentidos. Quisiera aprender a creer, pero qué difícil hacerlo cuando crecí en medio de engaños y mentiras. Mi historia personal está llena de detalles ocultos que, al develarse, deforman mi narrativa. A mi historia siempre le falta un pedazo, muta, se deconstruye y se vuelve a construir.

Enseñar historia cuando se duda del relato no es tarea fácil. Entiendo a los estudiantes que se molestan cuando les doy información que contradice las certezas que tenían. En esos momentos los siento cercanos porque compartimos la incertidumbre de nuestra existencia. No siento la misma simpatía por los fanáticos de cualquier causa, esos que prefieren convertirse en mártires antes de abrirse a una nueva posibilidad, los campeones del Relato Único, los que

⁵ Me refiero a la Historia como disciplina o área del conocimiento en el que me desempeño profesionalmente.

imponen narrativas por cualquier medio, buscando, más que persuadir, conseguir adeptos. Ellos sí saben cómo hacer para que otros crean a ciegas. Mi método, basado en la desconfianza, se opone por completo a ese uso ideológico de las narrativas. Mi desconfianza, como digo, proviene de las narrativas familiares editadas, los engaños consentidos, las excusas y los señalamientos con los que la gente intenta trucar la realidad. Mi familia es fanática de su historia oficial que, pese a ser un invento, una fantasía, es considerada por los miembros como una verdad absoluta y por eso todos saltan, como mis estudiantes, cuando uso mis recuerdos para contradecirla. Me dicen que mi memoria está alterada, que estoy levantando falsos testimonios y confieso que a ratos acabo dudando de mí misma. Si no puedo confiar en mis recuerdos, ¿qué me queda? ¿Abandonarme a la incertidumbre y el horror de haber construido una ilusión para sobrevivir?

Cuando escribo también miento y por eso me atrae la ficción. Me gusta inventar historias que parecen veraces solo para divertirme con ellas y crear una narrativa donde me escondo. Una madriguera secreta. Allí florecen todas las vulnerabilidades que no sé nombrar en la cotidianidad. Elegí un camino que parece acercarme más a mi familia de lo que me gustaría reconocer.

La escritura le da a mi existencia una única certeza: allí puedo revisitarme y cuestionarme. Es en el ejercicio de mentir donde encuentro las verdades apesadas en mi interior. Cuando me leo, me encuentro en la ficción. Me siento cómoda porque puedo moldear los escenarios a mi antojo sin que mi habilidad para crear narrativas pueda hacerle daño a los demás.

Me atemoriza tanto como a Teto, a mi abuela, a mi mamá o a mis tíos, la verdad. También busco la forma de evitarle el dolor a mis seres queridos. Miento para alivianar las cargas. Me

presto para engaños y timos bienintencionados. Y aquí estoy, culpando a mi familia de mis inseguridades desde la comodidad de la escritura, donde soy yo quien traza la línea de la historia.

Me siento como un uróboros cuando escribo. Allí desaparezco y me revelo otra vez. Me cuento mis historias, me miento y creo narrativas para armar el rompecabezas de este mundo caótico. Si me compongo de mis propias historias, ¿soy literatura? ¿Soy lenguaje? ¿Soy palabras? Soy narrativa y la narrativa me atraviesa. Sin narrativas no existe el mundo y el mundo existe dentro de mí.

Esto que escribo se parece a mí, que soy una serpiente que se muerde su propia cola.

1. REPÚBLICA INDEPENDIENTE

La República Independiente no nació de la noche a la mañana, la gestamos dos niñas envueltas en una cobija de avión dentro del bus del colegio, resistiendo al frío de la banca metálica que se filtraba por el forro de cuerina roída y nos congelaba los muslos. Tina y yo nos apretábamos la una a la otra para mantener la temperatura. Yo llevaba mis audífonos todos los días para compartirle uno de los auriculares y quedar sintonizadas en la misma frecuencia.

A fin de garantizarme el puesto a su lado, todas las mañanas Tina ponía el brazo firme sobre el asiento vacío y solo lo quitaba cuando yo me subía al bus y llegaba mi turno de sentarme. A esa hora, medio dormidas, y una vez acomodadas, cada una con su respectivo auricular, echábamos a rodar nuestra imaginación y nos poníamos a inventar situaciones que tenían a algunas de nuestras compañeras del curso como protagonistas.

Tina sabía que yo me distraía fácil en clase así que permanecía alerta por las dos y lograba evitarnos casi todos los regaños para que, después del colegio, practicáramos nuestro ritual sagrado al que intentábamos no faltar jamás: tomar nuestras onces favoritas, tostadas francesas y leche achocolatada; hacer las tareas rapidito y salir al parque a jugar hasta que se encendieran las luces de la calle, señal de que ya era hora de regresar a la casa.

El parque era un humedal gigante al que entrábamos por unas rejas viejas que no servían para nada, pero marcaban el inicio de un camino que serpenteaba entre los árboles hasta sacarnos a un claro donde estaban los columpios, un subibaja y un rodadero metálico que en los días de sol nos quemaba las piernas al deslizarnos por ese latón hirviendo. Unos metros después de los

juegos se veía el lago al que no nos dejaban acercarnos bajo la amenaza de que nos podíamos caer y ahogarnos. Nadie en el barrio sabía a ciencia cierta qué tan profundo era, pero todos decían que era peligroso meterse. Además, en la superficie crecía un buchón verde que nos daba mucho asco y eso era suficiente para desmotivar cualquier desobediencia.

Aun así, el lago nos parecía lindo porque ahí llegaban las aves migratorias y se zampaban todas las matas que había sobre la superficie, también en los días de sol y poco viento, cuando se reflejaba el cielo sobre el agua, pero cuando llovía se ponía fangoso y a veces cogía mal olor. Cerca de la orilla se veían algunos animalitos a los que nos gustaba espiar hasta que huían al sentir nuestra presencia. Recuerdo las madrigueras de los cuyes, que asomaban las trompas y después desfilaban dando salticos. Había unos marrones y otros con manchas blancas que nos parecían muy lindos. También veíamos por ahí a las zarigüeyas, que a Tina le daban pavor, pero que a mí me parecían bonitas porque llevaban a sus hijitos a todas partes como me hubiera gustado que lo hiciera mi mamá.

En épocas frías buscábamos ranitas que se camuflaban entre las matas. La mayoría eran de un verde brillante desde la cabeza hasta los deditos redondos de las patas que parecían ventosas en miniatura. Un día atrapamos una y la guardamos en un frasco de vidrio bien tapado para que no se escapara. Al día siguiente cuando la sacamos del morral para mostrársela a nuestros amigos del colegio, la rana ya no inflaba el buche. La profesora de Ciencias nos dijo que la habíamos matado de asfixia porque no le habíamos abierto huecos al frasco. Nos dio tanta impresión que no volvimos a atrapar ninguna. Solo las veíamos respirar y muy de vez en cuando las poníamos sobre nuestras manos para sentir su piel fría y viscosa antes de dejarlas ir. A las que sí cazábamos sin piedad era a las culebrillas que se deslizaban por el pasto. A esas sí las

metíamos en frascos y jugábamos a que se nos enredaran entre los dedos. Algunas morían en cautiverio y nos dejaban su piel de recuerdo. Por las noches se escuchaba el ulular de las lechuzas y todo el humedal se veía distinto, se presentían muchos peligros que ni siquiera éramos capaces de imaginar. Quizá por eso nos prohibían ir por allá cuando estaba oscuro. Con la llegada de la noche, el humedal quedaba clausurado y ni con los pensamientos nos atrevíamos a visitarlo. En cambio en las tardes, después del colegio, la zona de los juegos se llenaba de niños y los jóvenes se reunían en las bancas a charlar. Había también una casita de muñecas de palo a la que iban algunas amigas a jugar al papá-y-a-la-mamá, incluso llevaban platos y vasos de plástico que simulaban utensilios de cocina. A Tina y a mí eso de peinar a las muñecas y cocinar aire nos daba pereza y preferíamos otros juegos. Nos gustaba correr y, por encima de todo, jugar a las escondidas. En eso éramos imbatibles porque teníamos el mejor escondite. Lo encontramos un día por casualidad mientras buscábamos cochinillas, de esos insectos que se que se hacen bola para defenderse de los depredadores. Andábamos metidas entre los árboles del humedal, donde estaba la vegetación más espesa y era fácil encontrar bichos y sombreritos de eucalipto. Allí, junto a los sauces inclinados a la orilla del lago, vimos a unos cuyes brincando y los perseguimos por un breve trecho hasta que los perdimos al pie de un árbol gigante y viejo que había crecido torcido. La mitad de sus raíces se habían despegado de la tierra y parecían dedos de una mano tratando de agarrarse de sus vecinos. No podíamos saber qué árbol era porque no le quedaba ni una hoja para identificarlo. Era un tronco intentando mantenerse de pie, un muerto viviente. Se le descolgaban las ramas al costado y le caían hasta el suelo por donde lo invadían los parásitos y bichitos que le recorrían las brozas. Parecía un viejito fosilizado, un abuelo descuidado de barbas grises y gruesas con las que barrera el polvo del suelo. Su enorme tronco ahuecado era una guarida para los animalitos y, aunque la madera

se veía enferma, toda la corteza estaba llena de manchas y hongos iguales a los lunares gruesos que tenía mi abuela en la espalda y eso bastaba para que a mí me pareciera una presencia amable.

Nos daba algo de pesar ver a ese pedazo de árbol tratando de mantenerse en pie y por eso lo bautizamos cariñosamente como ‘el cucho’, por viejo y por feo. Pobrecito, nadie se ocupaba de él, por eso lo visitábamos. Nos conmovía verlo ahí solo, esperando la muerte.

Un día, mientras jugábamos a hacer collares con sus barbas, descubrimos que en el lado caído del tronco había un agujero. Era como una madriguera pero de gran tamaño. Al principio nos dio miedo porque nos imaginamos que podría ser la guarida de una rata gigante, pero nos ganó la curiosidad y aprovechando que ese día teníamos la sudadera de gimnasia, repté un poco para investigar lo que había allí dentro. ¡Era una cueva grandísima! Cabíamos las dos. Le dije a Tina que entrara y nos acomodáramos en el hueco. Recuerdo la felicidad que nos produjo el descubrimiento. Habíamos encontrado nuestra propia casita en el interior del tronco podrido del cucho.

El suelo estaba tapizado de pedazos de corteza, ramas y hojas secas que fuimos sacando para ganarnos espacio. Ese árbol maltrecho nos había regalado un tipi natural, una guarida en la que sólo cabían dos sutes como nosotras. Nadie podría vernos allí sin que nosotras lo viéramos primero. Era como tener puesto uno de esos camuflados que usaban los soldados de las películas de la Guerra de Vietnam para esconderse del enemigo. La madriguera era tan buen escondijo que nadie lo había identificado. Ni siquiera los que a veces dormían en las bancas del parque aguantando frío porque no tenían casa.

Por la tardecita los rayos de sol se filtraban entre las grietas y las ramas torcidas del cucho e iluminaban su interior de verde y amarillo quemado. Las hojas se proyectaban dentro y

se movían al ritmo de la brisa; parecían haditas revoloteando sobre nosotras. Nos gustaba señalar las que se estampaban sobre nuestros uniformes como figuritas de bailarinas.

Fuimos conquistando el árbol, lo llenamos de revistas y cartas que nos escribíamos cuando estábamos aburridas en clase. Procurábamos mantenerlo limpio y acabamos creando una guarida increíble, nuestra sede secreta de la república independiente

Sin duda el cucho nos quería porque, de no haber sido así, no nos habría dejado escondernos entre sus raíces, desde donde podíamos espiar a nuestros amigos mientras nos buscaban por todo el parque durante nuestros juegos de escondite.

Un día que un vecino se puso a buscarnos hasta debajo de las piedras, estuvimos a punto de revelar la ubicación de nuestra madriguera. Se ve que hizo tanta fuerza en algún momento al levantar una rama que se le escapó un pedo y nosotras apenas pudimos contener la risa. Menos mal no nos oyó porque se nos habría acabado el invicto y el escondite.

Por entre las grietas del tronco podíamos ver lo que pasaba afuera. Seguíamos con la mirada a nuestros perseguidores hasta que se rendían de mala gana y dejaban de buscarnos. Después de un rato salíamos calladitas y corríamos a golpearlos por la espalda para darles un buen susto y hacerlos gritar. Nos encantaba esa dinámica pero a nuestros amigos más bien pocón. Se ponían bravos cuando aparecíamos después de terminada la partida y algunos hasta dejaban de hablarnos. Con el tiempo dejaron de invitarnos a jugar y nosotras empezamos a pasar más y más tiempo ocultas en el cucho. Nos sentíamos seguras ahí dentro. Llevábamos cartas y juegos de mesa para pasar la tarde o simplemente dejábamos libre a la imaginación para

construir nuestros mundos. Nos tirábamos en el suelo a esperar la hora de las hadas y tumbadas allí hablábamos de todo y compartíamos pensamientos.

El cucho nos resguardaba del mundo real. Vivíamos en una burbuja de fantasía que intentábamos mantener incluso cuando estábamos fuera de la cueva. En el colegio andábamos por los corredores agarradas de gancho hablando solo para nosotras. Nos reíamos mucho y nuestra alegría empezó a cobrar factura. Nuestros compañeros del salón creían que nos burlábamos de ellos y empezaron a inventar chismes de nosotras para alejarnos aún más. Decían que nos creíamos mejores por no participar de los juegos convencionales y el veredicto fue que éramos unas mocosas muy experimentadas. No decían las maduras viches, como los aguacates verdes que se envuelven en papel periódico. También llegaron a inventarse disparates como que nos escapábamos con los niños de otro colegio para mostrarles los calzones a cambio de plata.

Como nuestra amistad era una fortaleza inquebrantable se morían de la envidia. Odiaban que nosotras no necesitáramos su aprobación como ellos necesitaban la de los demás y querían reventar nuestra burbuja, acabar con nuestra intimidad. Cuando nos ponían a hacer trabajos en grupo y no podíamos elegir al compañero, le rogaban a la profesora que nos dejaran juntas para que nadie tuviera que trabajar con nosotras. Al celebrar sus cumpleaños, repartían invitaciones a todo el salón excepto a nosotras. En el fondo agradecíamos no tener que ir a las fiestas. Estaban de moda las minitecas que eran fiestas que se hacían en los garajes de las casas o en los salones comunales a los que se les cubrían las ventanas con bolsas de basura negras y proyectaban luces de colores a ritmo de las canciones de moda. Ni Tina ni yo sabíamos bailar y nos daba pereza que nos sacaran a la pista a hacer el ridículo. Tal vez si nos hubieran invitado alguna vez,

habríamos aprendido. Pero no sabíamos ni teníamos afán de hacerlo. Nos gustaba vivir en nuestro mundo.

Por más resistencia que ponían las compañeras a hacer los trabajos en grupo con nosotras, las profesoras se daban sus mañas y terminaban por mezclarnos para así reducir la brecha que se abría en el curso. Un día quedamos Tina y yo con otras tres niñas en un trabajo de grupo. La convivencia fue tan agradable que nos volvieron a invitar a jugar a las escondidas. Hasta ese momento no me había dado cuenta de lo mucho que había extrañado el juego.

Emocionadas, corrimos a desaparecer entre las fauces del cucho. Tina entró primero y yo detrás. Caí sobre ella a toda velocidad y mi cara quedó pegada a la suya. Sentí su respiración y su olor a champú de manzanilla y miel. Inhalé todo ese aire azucarado que se le escondía en el pelo y sentí unas ganas inexplicables de quedarme a vivir dentro de su aroma. Los cachetes se me calentaron, supuse que era por la vergüenza de andar olfateándola, pero ahí mismo se me entumieron las tripas y no supe qué hacer. Me quedé quieta encima de Tina, suspendida en un eterno *tai*, que era la palabra que usábamos en los juegos infantiles para pedir una pausa de inmunidad.

Esa vez nuestros perseguidores se acercaron mucho a nuestro escondite y buscaron alrededor del cucho, la entrada al pasaje secreto. Nos asustamos tanto que nos dio un ataque de risa nerviosa, un cosquilleo hilarante que se fue volviendo incontrolable. Entre las carcajadas mudas, nuestros cuerpos se sacudían y rebotaban el uno contra el otro. Intenté recuperar el control y tomar un poco de aire. Me tocaba apretar fuerte las piernas para no orinarme o por lo menos para que no se me saliera ni una gota, pero sentía como un río entre las piernas donde nacían renacuajos que nadaban de arriba a abajo, entrando y saliendo de mi estómago.

Me concentré en las piernas, en la tensión. Sentía las pulsaciones de los renacuajos y luego su metamorfosis en la panza. Se reproducían rápido y me hacían cosquillas. Nunca había sentido algo así, me angustié y pegué un grito debilucho que Tina ahogó poniendo sus labios sobre los míos. Había olvidado que nos buscaban, pero me quedé quieta con los labios pegados a los suyos. La una sobre la otra, escuchamos atentas hasta que se alejaron por fin. Cuando me fui a acomodar a su lado, Tina me apretó la mano y me mantuvo encima de ella. Llevaba más de cinco minutos aguantando mi peso y creí que ya estaría a punto de asfixiarse, pero no parecía cansada de mi cuerpo sobre el suyo.

Teníamos las manos entrelazadas y nuestras palmas comenzaron a sudar, la piel se volvió babosa, pero a mí me gustaba la sensación, no quería soltarla, ni ella a mí. Tina apretó mi mano y la puso sobre su pierna. Podía sentir el calor de su piel y mi corazón en la boca. Intenté acomodar la cabeza dejándola caer sobre su hombro y rocé su oreja con mis labios. Nuestras manos coincidieron en un apretón y nuestra respiración se convirtió en una coreografía de nado sincronizado. Se aceleraba y ondulada en coordinación perfecta. Las panzas se movían al mismo ritmo, al calor del cuerpo de la otra.

Ella se acercó despacio, movió su cabeza y me besó el cuello. Revivieron los renacuajos. Me ahogué en un resuello y percibí que ella también había sentido algo intensísimo porque al instante soltó mi mano y yo caí a un costado. Me sentía húmeda y confundida. Miré a Tina, pero no logré descifrar lo que había en sus ojos. Me sentí incómoda, quería hacerme pequeña como una hormiga, no sabía si a ella también la recorrían los renacuajos. Me atacó la idea que a ella le había parecido asquerosa tanta cercanía y que iba a dejar de ser mi amiga.

Como si me hubiera leído la mente, me acarició la cara en un gesto que parecía destinado a tranquilizarme. Sus dedos suaves me alborotaron los bichos viscosos que se multiplicaban en mi estómago y buscaban la ruta de escape entre mis piernas. Tina se acercó y me besó las mejillas. Se retiró mirándome en busca de aprobación. Así que yo me le acerqué para darle un beso también. Ella movió su cara y me buscó los labios para que se encontraran con los suyos.

Con las palmas de las manos sudando a mares, nos daba miedo nuestra propia mirada o encontrar en ella el rechazo de la otra. Me angustiaba estar haciendo algo malo, tenía miedo de conocer el sabor de nuestra saliva, miedo de que le diera asco. Pero en el fondo sabíamos que queríamos ir más allá, saber cómo se sentiría darse un beso de verdad, de telenovela. Con solo imaginármelo se me mojaban los calzones y sentía hinchado ahí abajo. Para devolver las cosas a su tamaño, apreté las piernas en un acto reflejo y sentí una palpitación.

Ella me tomó de la mano y se acomodó frente a mí, luego estiró su cuerpo hacia el mío y puso nuevamente sus labios babosos sobre los míos. Los renacuajos mutaron en ranas que se hinchaban en mi estómago. Abrí la boca como en las películas y recorrí sus labios con mi lengua. Ella respondió igual. Jugamos a entrelazar nuestras lenguas dentro de la boca y a succionar nuestros labios. El olor a saliva seca se hacía más intenso entre más nos besábamos.

Tina dejó caer su cuerpo sobre el mío y sentí la humedad de sus calzones sobre mi muslo. Creí que ella también habría estado a punto de orinarse y recordé donde estábamos. Me asusté porque de repente tuve la certeza de que estábamos haciendo algo muy malo. Los niños no se besan en la boca y menos las niñas entre sí. Me aparté y la miré asustada. Ella también se apartó

y se abrazó las piernas como protegiéndose de mí. No sabía qué decir, no quería que ella pensara que me había arrepentido. Me asusté cuando caí en cuenta que allí podrían descubrirnos.

No podíamos mirarnos a la cara, no había espacio en esa cueva para nosotras y nuestra vergüenza, no éramos capaces de hablar, de decir que nos estábamos asfixiando allí adentro. Sabíamos que era hora regresar a casa. Con la angustia filtrándosele en la voz, Tina me pidió que no le contáramos nunca a nadie lo que habíamos hecho. Nos prometimos silencio pero no fue suficiente para espantar los malos pensamientos. Los arrastramos a casa junto con todas nuestras inseguridades. Sentí que Tina estaba arrepentida. La miré de reojo y la noté perdida. Percibí un temblor en sus piernas y que se limpiaba las palmas de las manos con la falda del uniforme del colegio como si hubiera tocado algo sucio.

—¿Qué pasa? — insistí con desesperación. Tina me miró molesta y me dijo que sabía que podía confiar en mí más que en ella misma. Estaba asustada y quería saber si me había parecido rico o asqueroso el beso. Yo le respondí en voz bajita para que nadie nos escuchara que me había gustado. Volvió la tranquilidad, la miré con calma y le dije: — ¿Volvemos mañana? — y ella respondió con una risita luminosa.

Nuestro nuevo juego se convirtió en la motivación para vivir cada día. Hacíamos las tareas lo más rápido posible con la idea de correr a escondernos dentro del viejo tronco. Nos portábamos de maravilla en el colegio para no arriesgar nuestro tiempo juntas. Los días de lluvia o cuando teníamos compromisos familiares, el tiempo se alargaban hasta el aburrimiento más profundo y la vida se sentía triste, incompleta.

Una tarde, echadas sobre la manta de avión, que también usábamos para acostarnos dentro del cucho, Tina me miró angustiada con una amargura que no le conocía. Se le aguaron los ojos y dos lagrimones gordos rodaron por sus cachetes. Me puse frente a ella para tratar de interpretar su estado de ánimo: apenas unos instantes atrás parecía cómoda y ahora se le veía consternada. Odiaba esos momentos en los que no me alcanzaba para entenderla, odiaba su silencio y sus miradas encriptadas. Sabía que tenía algo que decirme, pero guardaba las palabras entre sus muecas. Se me acercó y me besó con tanta fuerza que probé el sabor de sus lágrimas. No dejaba de besarme con la respiración agitada. Sus mejillas ardían y yo me preguntaba qué la tenía tan triste. No quería que volviera a llorar, la besé tanto como pude. Me tragué sus suspiros y sollozamos juntas. En una bocanada pasó sus labios por mi cuello. Su calor me hizo olvidar su tristeza. Se me pararon los vellitos del cuerpo y me reí, pero ella no se detuvo. Me besó el cuello hasta que me dio escalofrío.

Su respiración iba a mil y sus dedos igual porque, cuando me di cuenta, estaba decidida a desabotonarme la camisa. Nunca nos habíamos quitado la ropa, pero mi cuerpo quería sentir más. Se me había metido un animal entre las piernas que esperaba expandirse como los buches de las ranas que se transparentan en cada bocanada de aire.

Me tendí en la manta para que sus manos me recorrieran entre oleadas de timidez. Nada podía detenerme. Seguí el ritmo de su respiración; éramos dos ranas croando en simultáneo. Tina pasó sus yemas suaves sobre mi pecho, sobre esos pezones inflamados que hasta ahora despuntaban sensibles. Su tacto me expandía, me hinchaba, me inflaba y empujaba toda la sangre a mi entrepierna, que se contraía justo antes de volver a abrirse con cada respiración.

Sentí unas contracciones en la parte baja de la barriga, mi cuerpo palpitaba en diferentes direcciones, los músculos se tensaron y estiré los dedos para tocarla. La rodeé con mis brazos temblorosos y luego tomé distancia para ponerle el dedo índice en ese huequito que se hace donde las clavículas se unen al esternón y bajé por ahí a tocarla por primera vez.

Le besé el cuello como ella lo había hecho y se contoneó contra mi muslo. Su cuerpo se sentía húmedo y yo me derretía por dentro. La rana que tenía entre las piernas iba dejando su viscosidad en cada movimiento. La desnudé por completo, quería ver su cuerpo iluminado por rayos de luz que se colaban entre las ramas. Ella me devolvió la mirada y también me quitó la poquita ropa que me quedaba. Nos exploramos pudorosas de reojo. Teníamos miedo de reconocer que queríamos ver y sentir nuestros cuerpos.

La respiración de Tina se entrecortaba, pero mantenía el pulso firme. Me rozó el pequeño montículo del que se erguía con unos pocos vellos en desorden. Su dedo suave y flaco tocó por primera vez lo que ese día bautizamos la ‘pupa’ por su parecido con las crisálidas y porque aún teníamos fresco el nombre y la forma, pues nos los habían enseñado hacía poco en clase de Ciencias. Las membranas estallaron. Una sensación de calor se apoderó de mí. Me sentí esclava de una emoción desconocida. La pupa tenía su propia voluntad y palpitaba a su propio ritmo. No quería que se terminara, quería hacerlo eterno.

Se me endureció cada músculo del cuerpo y se inmolaron todas las ranas que crecían en mí al mismo tiempo. Caí grogui, respiré y cerré las piernas aprisionándole las manos. Tina no dejaba de tocarme y cada vez que movía su mano, sentía las contracciones vivas en la pupa. Levanté mi cuerpo para sentarme y observar su cuerpo sin pudor. Miré sus ojos y la vi feliz. Se

me quitaron los miedos y me tumbé a su lado para acariciarla desde la cabeza hasta los pies. Cuando recorrí la parte interna de sus piernas sentí su humedad, quería emborracharme con todo ese brebaje. Noté cómo se contraía su estómago y con solo mirarle la cara supe que quería que la tocara entera.

Mis manos estaban temblorosas, pero al poner los dedos sobre su pecho no pude aguantarme y le toqué los senos redonditos que parecían dos melocotones recortados a la mitad. Los suyos eran más grandecitos que los míos y su pezón más pequeño y parado. Me daban ganas de espicharlos con fuerza. Al final no me aguanté y los besé. Besé también su ombligo y quería bajar más pero ella no me dejó. Me tomó la cabeza y me arrastró hacia ella. Yo quería meterme dentro de su cuerpo. Deslicé las manos entre sus piernas y mis dedos dentro de su humedad. Sentí su pupa. ¿O era una rana hinchando el buche? Palpé su viscosidad. Tina dio un salto y su cuerpo se curvó como el de un gato que se despereza. De su boca entreabierta salió un gemido que hizo temblar la tierra y sacudir las ramas. El grito rompió el hechizo. Recordamos dónde estábamos y fue como un campanazo de alerta. Nos vestimos rápido sin mirarnos y salimos del cucho en silencio. Teníamos trece años y mucho miedo. Corrimos a casa.

Esa noche no dormí recordando lo que habíamos hecho. Tenía miedo de que alguien nos hubiera visto y fuera a contarle a la abuela o a la mamá de Tina. No sabía cómo sería el recorrido del bus al día siguiente o si Tina seguiría evitándome la mirada. ¿Qué tal amanezca asqueada? ¿Se habrá bañado para limpiarse mi olor? Intentaba tranquilizarme recordando su sonrisa, su firmeza al tocarme. ¿Estará arrepentida? ¿Seguirá siendo mi amiga? ¿Y si no me vuelve a hablar? Mis pensamientos iban tan rápido que mientras me hacía una pregunta ya me estaba formulando la siguiente. No quería perderla, quería que fuéramos amigas para siempre.

Con las ojeras bien oscuras llegué al paradero y me subí al bus muerta de miedo. La vi con su brazo firme en mi puesto y se sonrojó al verme, pero me lanzó una sonrisa que me devolvió el alma al cuerpo. Me senté a su lado como todos los días, le estiré el audífono y ella la punta de la cobija. Metió su mano bajo la manta y me acarició la pierna mientras me dijo en secreto que le había hecho mucha falta. Yo metí la mano bajo la frazada y apreté la suya. En secreto también le dije que no había dormido pensando en ella. Desde ese día la cobija de avión también sirvió para ocultar caricias secretas.

La amistad se hizo más fuerte con nuestras recurrentes visitas al cucho. No siempre nos besábamos, a veces conversábamos, nos reíamos y nos acostábamos, una junto a la otra, a contemplar el cielo entre las ramas. Compartíamos silencios mientras nos tomábamos de las manos sentadas de frente a falta de palabras para expresarnos.

Éramos inseparables. Intentábamos mantener la cordialidad con nuestras compañeras, pero nuestro universo no se abría a nadie que no fuéramos nosotras dos. En el colegio ya nos conocían como la república independiente porque siempre estábamos juntas y los chistes eran tan privados que las niñas del salón no entendían nuestras conversaciones y resentían no ser parte de nuestro universo. Cansadas de nuestra complicidad nos castigaron con su indiferencia y dejaron de hablarnos. Nos rechazaban en todo momento y si les tocaba trabajar con nosotras, preferían hacer todo solas para después acusarnos con la profesora de no haber hecho nada. El ambiente en el salón se había puesto pesado y se sentía la hostilidad de nuestros compañeros. Todas las semanas había una historia nueva que nos involucraba y les daba motivos a quienes no los tenían aún para odiarnos. Hasta las maestras nos comenzaron a tratar con dureza.

A mí, poco me importaban las demás. Mi comportamiento estaba condicionado a permanecer junto a Tina el mayor tiempo posible. Si me expulsaban del colegio y me alejaban de ella, me moriría. Opté por ser lo suficientemente aplicada y pulcra como para pasar desapercibida y así construir mi república junto a Tina. Ella, por su parte, bajó un poco el rendimiento académico y andaba olvidadiza y dispersa. Ahora era yo quien debía vigilarla para que cumpliera con sus obligaciones y así poder pasar la tarde juntas como de costumbre.

Recuerdo la tarde en la que imaginamos la vida adulta. Buscábamos profesiones interesantes y fantaseamos con cómo sería nuestra casa cuando fuéramos grandess y así se nos pasó el tiempo. No nos dimos cuenta de que había caído la noche hasta que escuchamos un grito a lo lejos.

—¿Quién está ahí? ¿Rosario? ¿Tina? ¿Son ustedes? – Dijo alguien dando alaridos desesperados.

Tina y yo aguantamos la respiración para que no descubrieran nuestros movimientos o lo que era peor, nuestro escondite. Si nos movíamos, nos verían, así que permanecemos en silencio pegadas al fondo de la cueva sudando frío hasta que se alejaron los pasos de la corteza. Nos asomamos a las grietas y vimos al grupo de vecinos irse al sector de los juegos.

Nos pusimos rápido en marcha y reptamos fuera del cucho. El tiempo de verdad se desvanecía mientras estábamos juntas.

Más tarde supe que, al caer la noche, mi abuela había llamado a la mamá de Tina para pedirle que me enviara a casa y fue así como descubrieron que ninguna de las dos había

regresado. En medio de la preocupación, desplegaron una operación conjunta entre ambas familias para dar con nuestro paradero. Al regreso vimos a la gente del barrio y a mis primos parados en el andén frente a la casa, esperándonos con cara de acontecimiento. La abuela me tomó del brazo con fuerza y lo mismo hizo la mamá de Tina. Solo nos quedaba esperar el castigo.

En clase de Inglés nos obligaban a leer en voz alta y odiaba hacerlo porque nunca fui buena encontrándole la pronunciación exacta a las palabras. Me daba rabia que me corrigieran mis compañeros del salón, que aprovechaban que yo me ponía nerviosa y encontraban el momento perfecto para humillarme. Se reían de mis errores, lo que me confundía todavía más y no lograba leer de corrido mientras estuvieran los ojos puestos en mí, como deseando mi fracaso. Uno de esos días, esperando el turno de lectura, alguien llamó a la puerta del salón. Era la secretaria del colegio que nos miró preocupada a Tina y a mí y le dijo a la profesora que nos sacaría de clase para llevarnos a la oficina de la directora.

A los trece años no hay nada tan aterrador como ser llamado a la oficina de la directora. Nunca antes nos habían citado pero la sabiduría popular nos había enseñado que jamás lo convocaban a uno a semejante sitio para darle buenas noticias. Siempre había un castigo al final de la procesión o, si estábamos de buenas, un llamado de atención. Al llegar a la oficina vimos a la abuela y a la mamá de Tina, la señora Alba, sentadas ambas en unos sillones de cuero marrón gastado, tomando café. Las mejillas se me calentaron y un temblor me recorrió hasta los huesos de las piernas. Tomé un mechón de mi pelo para disimular y me lo enrollé entre los dedos. No

entendía por qué habían citado a nuestras acudientes. Le pregunté a Tina en secreto si sabía qué habíamos hecho, pero ella estaba tan perdida como yo. Nos acercamos a saludarlas y ellas contestaron frías y cortantes. Si no nos regañaron ahí mismo fue solo porque estábamos en el colegio, delante de otras personas.

Tomamos asiento y me sentí perdida en la situación. Tina estaba pálida y le temblaban las rodillas, pero yo no creía que fuera para tanto. La abuela odiaba perder el tiempo, así que le pidió a la directora que nos aclarara por qué nos había citado en su oficina. Ella respondió sin siquiera mirar a mi abuela con un golpe suave a su escritorio que me llenó la mente de recuerdos de nuestros encuentros en el cucho y solo entonces entendí el horror de Tina.

El sudor de las palmas de las manos dejaba un vaho de culpa dondequiera que las apoyara. Las mejillas aumentaron de temperatura y se me coloreaban incluso las orejas. Sentía el recorrido de mi sangre estallando en la sien, las piernas flojas, inestables y unas ganas de llorar incontrolables. Nos iban desenmascarar frente a nuestras familias y les dirían que Tina y yo estábamos haciendo cosas prohibidas. Llegué a pensar que, vaya a saber cómo, habían conseguido espiarnos en el escondite y nos habían visto desnudas jugando con nuestros cuerpos. Quería desaparecer, morir en ese instante. No estaba lista para saber qué pasaría después. Mi estómago se hizo de piedra y me dieron ganas de vomitar.

La abuela tomaba su taza de café mientras esperaba a que la directora le diera una respuesta satisfactoria y la señora Alba agarraba con fuerza las correas de su cartera como si estuviera lista para salir de allí en cualquier momento. Yo esperaba petrificada a que nuestro secreto quedara al descubierto, como una condenada a muerte. ¿Qué tal que nos enviaran al

reformatorio o a un convento? Alcancé a verme metida en un hábito cantando en el coro de alguna congregación religiosa mientras miraba al suelo esperando el veredicto.

La directora miró a la abuela y le dijo que Tina y yo no nos relacionábamos con ninguno de nuestros compañeros y que esto había terminado por generar un ambiente hostil en el salón de clase.

—Las niñas no pueden seguir viviendo en esa burbuja que han creado. Para las maestras se ha vuelto un problema esa relación tan estrecha que tienen ellas dos — dijo señalándonos con los dedos y continuó dirigiéndose a nosotras —Sus compañeros han hecho una petición formal para no estar obligados a trabajar con ustedes si no quieren y esto nos preocupa. Es necesario resolver esta situación porque es vital que puedan relacionarse con ellos. El colegio no es solo un espacio académico, es un lugar donde nos educamos integralmente y esto quiere decir que educamos para la vida y para vivirla necesitamos habilidades sociales, aprender a estar en comunidad y ustedes se han cerrado a esa posibilidad. — La directora hizo una pausa, suspiró y continuó diciendo que nuestros compañeros, ante la imposibilidad de saber un poco más sobre nosotras, se inventaban chismes y habladurías que podrían afectar nuestra experiencia educativa en el colegio.

La sangre se me subió a la cabeza, otro golpe en la sien. Las mejillas se enfriaron para volverse a calentar y en mi vientre estalló algo que se sintió como lava. Me invadió una especie de alivio ahora que sabía que no nos habían descubierto pero entonces la angustia se convirtió en ira. ¿Una petición formal? ¿Qué era eso? Nuestros compañeros estaban decididos a desterrarnos. Teníamos que defender nuestra amistad y nuestro secreto. Tina se encolerizó. La conocía lo suficiente para saber que estaba furiosa. Sus fosas nasales se expandían y sus mejillas

se coloreaban. Sus ojos empezaron a llenarse de lágrimas y hasta pude verle el nudo en la garganta.

Doña Alba tomó la palabra y trató de defender nuestra amistad. Dijo que éramos niñas muy sanas y que era deber del colegio garantizar la seguridad de todos los alumnos y que la exclusión del grupo hacia nosotras no debía permitirse. La abuela, que nunca había hablado en voz baja, ni siquiera cuando las mujeres guardaban su opinión, se tomó la palabra y en tono recio enfrentó a la directora.

—A mí sí me va a perdonar, señora directora, pero ¿qué papel juega el colegio entonces? Las niñas son víctimas del rechazo de todo el curso dentro de la institución y, sin embargo, ¿las culpables son ellas? Es increíble que se presten cómo cómplices de una situación de acoso cuando hay un grupo organizado que pide que se excluya a sus compañeras. En un ambiente sano, la exclusión debe enfrentarse con severidad. Hablan de los valores intachables del colegio, de la educación integral, pero cuando tienen una oportunidad de enseñanza le tiran la pelota a las niñas y a sus familias en lugar de responder a la petición de estos niños con una negativa contundente que les garantice a Rosario y a Tina un lugar de seguridad en el grupo. No sabía que todas las niñas debían portarse igual al rebaño para ser merecedoras de respeto. Además— dijo ahora en un tono más amable —¿en qué les afecta que las niñas se lleven bien y estén juntas siempre? Por lo menos se acompañan, ya que ustedes no pueden garantizarles un ambiente sano.

Los ojos de la directora estaban inyectados de furia y vimos cómo le temblaba el lapicero rojo que tenía en la mano. Aunque trataba de intimidarla con la mirada, la abuela se mantenía firme y encima añadía una sonrisa amable que en la práctica tenía el efecto de una bofetada retadora.

La directora dijo que la razón por la que nos había citado a todas era trazar un camino para enfrentar el problema y no buscar culpables sino soluciones que nos permitieran superar la crisis. Insistió que para que el colegio pudiera intervenir nosotras también debíamos poner de nuestra parte y abrirnos a colaborar con los demás. La abuela asintió y nos miró esperando a que alguna interviniera.

Tenía urgencia por defenderme, pero Tina se me adelantó alzando la voz.

—Lamentamos habernos convertido en un problema para las profes, pero ellas deberían saber que nosotras no somos agresivas y mantenemos la distancia para evitar vernos envueltas en chismes que no nos interesan. Ellos no se acercan a nosotras y son ellos quienes han levantado una barrera para que no podamos hacer parte del grupo. Yo no sé qué hacer para que la situación cambie. Cuando nosotras trabajamos con las demás somos juiciosas y evitamos peleas.

La directora miró a Tina conmovida y le aseguró que el colegio evitaría la segregación y que tomaría medidas urgentes para garantizar el respeto de todos los miembros de la institución. Luego nos dio permiso para retirarnos con nuestras acudientes y nos mandó a recoger nuestros morrales con las tareas para el día siguiente. La abuela y la señora Alba se quedaron en la oficina de la dirección y mientras cerraba la puerta escuché a la directora decirles que el problema tenía algunas capas más de complejidad y que era su deber informarlas.

Tina y yo estábamos emocionadas por salir temprano del colegio y corrimos por útiles. Luego volvimos a la oficina de la directora donde tuvimos que esperar media hora a que la reunión con las acudientes terminara. Al salir ambas estaban coloradas y molestas. Llegamos al parqueadero en silencio y cada par se montó en su respectivo vehículo. La abuela y yo no cruzamos una sola palabra de regreso a casa.

El amanecer era todo un misterio para nosotros. Sabíamos que la gente veía colores en las nubes, pero era imposible admirarlos porque en casa de la abuela no había tiempo que perder, todo había que hacerlo de afán. El ajetreo comenzaba de madrugada en las habitaciones compartidas que parecían galpones. Todos corríamos al tiempo, tirábamos de las sábanas y nos vestíamos rápido. Exprimíamos el tiempo, cada segundo contaba porque no nos podía dejar el bus. No había nada que pusiera de peor genio a la abuela que tener que llevarnos al colegio y muchas veces, para evitar hacer todo el viaje, nos montaba en el carro y perseguía al bus hasta alcanzarlo. Luego, lo cerraba en la mitad de la vía para que parara a recogernos.

Nos despertaban en días de colegio a las cuatro y media cuando aún estaba oscuro porque donde la abuela había dos baños para ocho y todos salíamos temprano. Teníamos un sistema para asignar el turno de la ducha. Se hacía una fila en orden de llegada, cada cuál con su toalla al hombro; así sabíamos de quién era el turno del ‘bañito rápido’, que era el eufemismo que usábamos ya que la ducha no podía durar más de cinco minutos por cabeza. Y si alguno llegara a pasarse del tiempo, los que esperaban comenzaban a golpear la puerta y a amenazar a gritos con derribarla si no salíamos rápido. El pudor familiar no fallaba y yo salía emparamada con tal de no ser vista. Había un baño de hombres y uno de mujeres. Al de los hombres le decíamos ‘el de los pelaos’, como les decía la abuela a mis tíos. Ese también lo usaba Ricardo, el mayor de los primos. Las mujeres usábamos el de la abuela, que era grandote y limpio, no como el otro que siempre olía a orines y tenía el lavamanos manchado de Colgate y crema de afeitar.

Por la mañana la ropa volaba como plumas y nosotros cacareábamos en medio del despelote. La abuela era muy estricta con el orden. Para ocupar un lugar en la mesa del desayuno, pasaba revista y se aseguraba de que hubiéramos dejado todo limpio antes de darnos el visto bueno para poder ir a comer. Yo odiaba tener que estirar las cobijas porque dormía en la parte baja de un camarote de tubos de metal sobre la cual bailaba una colchoneta flaca de rayas azules y blancas, tan liviana que el peso no lograba mantener fijas las sábanas. No había día en que no me quedara la cama llena de arrugas y en que la abuela no la mirara con desprecio y compasión al mismo tiempo porque tenía que darme la señal para ir a desayunar.

El día en que la abuela amaneció molesta y callada casi nos deja el bus. Sin ella llevando la batuta del ensamble matutino era imposible salir de la casa a tiempo. Corrimos a alcanzar la ruta a medio vestir, con los libros en la mano y nos subimos al bus jadeando por el tremendo carrerón. Vi a Tina dormida, enrollada como un tabaco en nuestra frazadita de aerolínea junto a otra niña. Me extrañó que no me hubiera guardado el puesto, pero supuse que había caído profunda y la otra niña se le había sentado al lado. Seguí unas filas más atrás y me senté al lado a mi prima Juliana que me torció los ojos y se burló de que Tina no me hubiera guardado el puesto. Yo me hice la loca y me puse mis audífonos para no oírla. Ella sacó de su morral un cuaderno con los apuntes de Sociales para estudiar para el examen que tenía a segunda hora.

Al llegar al colegio con el bus aún en movimiento noté que Tina se paró de su silla con el morral ajustado a la espalda y fue la primera en bajarse apenas nos detuvimos y abrieron las puertas. Vi por la ventanilla cómo se alejaba sin mirar atrás. Me quedé un rato más en el bus ya detenido, pensando que era la primera vez, desde que habíamos entrado al colegio años atrás, que no compartía el puesto o el audífono con Tina. Me pregunté si doña Alba la habría regañado

por las quejas de la directora o si realmente se había quedado dormida al subirse a la ruta y alguien más había ocupado mi puesto. Pero intuía que había algo más. No podía ser coincidencia que desde la reunión con la directora ella no me dirigiera la palabra. La respiración se me entrecortó e intenté inútilmente alejar los malos pensamientos. Tina y yo seríamos amigas por siempre. Aquello tendría una explicación o sería una simple coincidencia. Me llené de valor para bajarme de la ruta e ir a buscarla.

Caminé por el corredor y vi a Tina sacando todos los libros de su casillero para moverlos a un pupitre muy lejos del mío. La miré extrañada. Le pregunté a dónde iba, tratando de que no sonara a reclamo, pero ella no respondió. Simplemente se movió sin mirarme.

—Tina, ¿no me vas a hablar? ¿Qué pasa? ¿Qué te hice? — pero tampoco contestó. Nuestros compañeros miraban de reojo y algunos chismoseaban en voz baja y se burlaban de nuestra caída en desgracia. Me guardé mis preguntas y opté por sentarme junto a su puesto vacío, aguantándome las lágrimas.

La profesora comenzó la clase con Tina del otro lado del salón, cosa que no había ocurrido antes. Siempre nos habíamos sentado juntas. La miré durante el primer bloque de clases esperando algún gesto de complicidad, así fuera leve, alguna pista para acercarme, pero nunca se dio la vuelta. Cuando sonó la campana para ir a recreo, Tina guardó los libros rápidamente y salió del salón ante la mirada curiosa del resto del curso, que parecía tan confundido como yo. Un grupo de chicas se me acercó de repente a averiguar el chisme. Todas estaban interesadas en saber qué le había hecho yo a Tina para que estuviera actuando de esa forma. Yo no tenía respuestas y ensayé un silencio digno. Cuando se dieron cuenta de que no me sacarían

información, me abandonaron en la puerta del salón y se fueron en busca de la otra fuente. Nunca supe si allá les dieron lo que andaban buscando.

La busqué por todo el colegio, visité todos nuestros escondites, sin suerte. Pensé que podría ser una actuación digna de concurso de teatro o una broma muy pesada. Llegué a creer que me la encontraría en cualquier rincón, burlándose de mi reacción y de la de nuestros compañeros, pero no fue así. Tina no estaba por ningún lado.

Me ignoró el resto de la jornada. No pude prestar atención a ninguna clase porque me distraía a cada rato llamándola con mi mente, desde mi interior, a gritos. «¡Voltéate! ¿Qué pasa? ¿Por qué me ignoras?» Pero ella en ningún momento atendió a mi clamor. En la ruta de regreso a casa se sentó nuevamente junto a la misma niña con la que había compartido la banca por la mañana. Mis primos también quedaron locos cuando vieron esa escena por la tarde. Me sentí humillada, quería insultarla, decirle que la odiaba, pero preferí ignorarla, pagarle con la misma moneda. Me senté con Juliana, que aprovechó para preguntarme qué pasaba entre nosotras. Yo no dije una sola palabra. Me mordí los carrillos con fuerza para no llorar y para que Tina no se diera cuenta del dolor que me causaba. Comencé a sentir el sabor a sangre y me concentré en ese regusto metálico en la boca con la clara intención de olvidarme del mundo.

Tina llegó a su casa y se bajó de la ruta sin darme una ojeada o despedirse. En el paradero la esperaba su mamá vigilante, examinándome por la ventanilla con desprecio. Me sentí morir. Pensé que tal vez Tina había le había confesado a su mamá lo sucedido entre nosotras y que la señora le habría prohibido meterse conmigo y seguro ahora me odiaba y pensaba que yo le había hecho cosas horribles a su hija. Sentí terror de que la abuela pudiera enterarse. Quería estar sola,

no quería que nadie más fuera testigo del rechazo de Tina, quería buscar en mi memoria el momento en que todo se había dañado. Un peso grande en el pecho me dejó sin aire y me ganó el temblor en el cuerpo. Juliana tuvo que sostenerme mientras nos bajamos de la ruta. Al llegar a casa y ver a la abuela se desató el llanto, que, por más que quise, no fui capaz de explicar. La abuela me abrazó con fuerza y pidió que me prepararan un bebedizo para los nervios.

Me llevó a la habitación de la tía Patricia, que ese día no estaba en la ciudad, y me dijo que podría quedarme ahí si quería estar sola. No respondí, pero me fui acomodando en esa cama ajena. La abuela me abrazó y lloré tanto que las lágrimas que salían en todas las direcciones me fueron lavando la herida. Aquello se sintió como si me hubieran drenado y poco a poco me fui apagando. No recuerdo en qué momento me quedé dormida.

Las cortinas de arabescos naranja parecían una cascada de vómito espeso que caía denso del techo al piso. Sus formas de colores tierra filtraban tiras de luz amarillenta y rojiza que me hacían sentir dentro de esos hornos donde meten a asar pollos. Había olvidado que estaba en la cama de la tía Patricia y me desperté en el infierno. No sé cómo la abuela permitía semejante adefesio en su casa. A nosotros no nos dejaba tener mascotas, pero a la tía sí le permitía esos trapos horribles en las ventanas. Recordé por qué estaba ahí y volví a sentir el rechazo de Tina. También regresó el llanto que ahora también venía cargado de impotencia y desilusión. Me sentí muy débil y pensé con desesperación que ese día tendría que volver al colegio.

Abrí la puerta de la habitación con angustia. Había silencio en toda la casa. Corrí por la toalla y el uniforme de gimnasia, pero me percaté de que todas las camas estaban tendidas. El

galpón estaba desierto. Mis primas ya se habían ido. Caminé angustiada a la habitación de los pelaos y encontré el mismo panorama: todo impecable.

Bajé las escaleras rumbo a la cocina. Vi a la abuela sentada en su sillón con un pocillo de tinto en una mano y en la otra un cigarrillo que sostenía entre sus dedos blancos de largas uñas rojas. Aspiró con fuerza antes de notar mi presencia al filo de las escaleras. Me miró mientras expulsaba el humo lechoso que le dibujó un círculo alrededor de la boca.

—Rosarito, mijita ¿sí descansó bien? Pensé que los pelaos le habían hecho mucho ruido esta mañana— La miré desconcertada. Ella nunca nos dejaba faltar al colegio, teníamos que estar moribundos y desahuciados para que ella aceptara que nos quedáramos en la cama. Pensé que no me había mandado al colegio simplemente porque se le había olvidado de que estaba dormida en la cama de la tía Patricia. Quizá nadie había notado mi ausencia, pensé. Pero no. La abuela había puesto a mi llanto en el mismo escaño de la fiebre alta, la amigdalitis o la varicela. Los primos no creerían que hubiera conseguido tanto solo con lágrimas: el día libre que ninguno de ellos había logrado con las más sofisticadas mentiras, excusas, pataletas o las más brillantes manipulaciones.

La abuela puso el café sobre la mesa y, con el mismo impulso se levantó de la silla, me abrazó. Entre sus brazos sentí su aroma a hogar y a café. Traté de aspirarlo todo para que se quedara conmigo y me hiciera sentir segura, pero la inhalación se ahogó en un sollozo involuntario que derivó, otra vez, en un llanto incapacitante. Me apretó contra su pecho.

—Peores cosas hay en la vida, mijita— dijo, mientras me limpiaba las lágrimas y me daba un beso en la frente. Lloré con fuerza mientras la abuela se mantenía firme intentando

ahogar mi dolor entre sus brazos. El apretujo era sanador y en él encontré la seguridad y la protección de todo mi universo, aunque, por primera vez, aquella magia fue insuficiente.

Nos quedamos muy juntas por un rato hasta que sentí que podía respirar sin tanta dificultad. Ella me soltó poco a poco y me dijo que un baño haría maravillas en mi estado de ánimo.

—El agua purifica el alma, hijamía— me aseguró mientras me ayudaba a subir las escaleras para alistar la ropa. En efecto, mientras el agua tibia recorría mi cuerpo me fui sintiendo mejor. No sabía cómo era que la abuela lograba saber todo antes de tiempo. Era como si tuviera el poder de la adivinación, como una buena bruja.

Recordé el día que salimos a comer helado con Ignacio, uno de mis tíos. Una grúa se pasó el semáforo en rojo mientras atravesábamos la avenida y golpeó con fuerza en la puerta donde iba el primo Ricardo. Su cabeza impactó contra el tablero y comenzó a sangrar por la nariz. El carro dio un par de vueltas como un trompo y fue a dar contra el separador. Todos nos miramos aterrados cuando vimos la cara de Ricardo llena de sangre. Por suerte, solo había sido un golpe y todos salimos enteritos del accidente.

Coincidimos en no contarle nada a la abuela para no preocuparla y volvimos alegres como si nada hubiera pasado, pero ella aguardaba en su sillón y apenas nos vio atravesar la puerta preguntó dónde nos habíamos accidentado. Todos nos miramos aterrados y mi tío solo pudo bajar la mirada y confesárselo todo. Así era siempre. Todo lo sabía. Sabía cuándo íbamos mal en el colegio o cuándo no entendíamos matemáticas, solo con mirarnos. Tenía un instinto fuera de concurso. Sabía cuándo mis tíos tenían problemas en el trabajo o en la universidad solo

con escuchar el timbre de sus voces; también sabía evitar con la mirada una conversación y era un tigre para cambiar de tema y redirigir la charla.

Yo admiraba esa maestría para desviar el curso las discusiones y, sobre todo, para evadir cualquier pregunta sobre mi mamá. Conocía cada sonido de su casa y podía saber, con un corto silencio, si estábamos haciendo alguna travesura. Era imposible engañarla. Por eso mis primos siempre terminaban castigados cuando intentaban engatusarla con inventos baratos.

Al salir de la ducha pensé que, si estuviera en el colegio, estaría saliendo a recreo y se me volvió a encoger el corazón al recordar a Tina mientras me enrollaba en la toalla. Me senté en la taza del inodoro para recuperarme del repentino bajón y volví a repasar en vano todas mis acciones de los días y semanas anteriores, buscando una pista o alguna palabra que pudiera haberle molestado.

Recordé cada mirada, busqué algún comentario a modo de broma que pudiera haber sido malinterpretado, pero no había nada en mi memoria. Sacudí mi cabeza con la intención de espantar los recuerdos y escuché la voz de la abuela desde su habitación pidiéndome que estuviera lista porque teníamos una diligencia importante que hacer y yo debía estar bien arreglada. Al rato llegó el tío Ignacio por nosotras. Estaba molesto y callado. No me atreví a preguntar qué pasaba. Nos montamos todos en silencio al carro. A pocas cuadras de casa, la abuela dijo con firmeza:

—Déjame acá, necesito ir a hacer una vuelta urgente.

Mi tío frenó en seco y puso las luces de parqueo que sonaban como un reloj de pared. Mientras la abuela abría la puerta del carro, el tío la miraba intensamente como si intentara

comunicarse con ella telepáticamente. La abuela salió decidida del vehículo dando un portazo seco y se fue sin despedirse.

2. FRENTES DE BATALLA

El tío Ignacio era mi adulto favorito. Era el menor de los hijos de la abuela y todavía estaba estudiando en la universidad. Era todo rebelde, por eso sus amigos lo llamaban Iggy, como un cantante que se cortaba el pecho mientras daba su espectáculo. No es que el tío Ignacio se hiciera daño, pero sí perdía la paciencia facilísimo y le encantaba buscar pelea. Se excusaba diciendo que tenía un sentido muy elevado de la justicia y por eso terminaba metido en líos ajenos a cada rato. Una vez vio que un hombre golpeaba a la mujer que lo acompañaba al otro lado de la acera. Cruzó la calle sin mirar y golpeó al tipo. Lo noqueó de un solo puño y le dijo a la mujer que la próxima vez que un hombre intentara golpearla lo agarrara de “las güevas” hasta hacerlo llorar. Cuando llegó a la casa nos contó a mis primas y a mí lo que había hecho. Nos atacamos de la risa imaginándonos el espectáculo. Él no buscaba divertirnos sino enseñarnos lo que era capaz de hacer. Nos dijo que si llegaba a saber que algún tipo nos había tocado indebidamente o maltratado, lo mataría con sus propias manos. Le gustaba ponernos en fila y enseñarnos a golpear, a dar patadas y puños “bien puestos”. Nos repetía que debíamos defendernos y dejar de “pelear como niñas”.

Tenía un humor tan negro y desalmado que la gente no sabía a qué atenerse con él. Lo miraban como a un desadaptado cada vez que hacía uno de chistes desafinados y entonces soltaba una sonrisa forzada que usaba para evitar malentendidos. Solo los niños y los amigos cercanos parecíamos entender ese sentido del humor, siempre al límite de las normas más elementales de convivencia. Quizá por eso la gente lo adoraba o lo detestaba. Con Ignacio era todo o nada. No había puntos medios.

La tía Patricia intentaba camuflar que lo odiaba. Si compartían la mesa, terminaban enfrentados por cualquier motivo hasta que la abuela intervenía o alguno de los dos se levantaba de su silla. Se ignoraban y se lanzaban miradas agresivas cuando creían que nadie los estaba viendo. Las primas Juliana y Andrea, por ser las hijas de Patricia, se mantenían distantes de Ignacio. Podría jurar que su mamá les prohibía acercarse mucho al tío. Ellas se lo perdían y para mí era mejor así. Yo era la favorita de Ignacio y él era mi favorito.

En la casa éramos tantos que se formaron tres frentes. El tío Ignacio y yo conformábamos el selecto grupo de “los consentidos de la abuela”. Así nos llamaban con resentimiento y nos lo hacían saber cada vez que Ignacio o yo recibíamos un trato especial, por la razón que fuera. Mis primas vivían obsesionadas con el tema del favoritismo, al punto de comparar las porciones de comida en cada plato para ver si la abuela había puesto más en el mío. Si me veían con ropa nueva, inmediatamente señalaban que la abuela no les compraba nada a ellas y si la ropa me la había dado Ignacio, entonces decían que entre consentidos nos consentíamos. Era una pesadilla aguantar la ojeriza de la tía Patricia y sus dos hijas, que conformaban otro frente al que la abuela identificaba como “las muchachas”.

Había un tercer grupo al que me habría gustado pertenecer, pero al que nunca me sentí bienvenida por ser niña o bueno, mujer. Estaba conformado por mi primo Ricardo, que era el mayor de nosotros, el tío Ignacio y el tío Santiago. Él tenía cama en la casa, pero casi nunca se quedaba con nosotros. “Los pelaos”, como los llamaba la abuela, compartían alcoba y le dieron un *look* genial al espacio. Pegaron afiches de bandas de rock, casetes y discos en las paredes. Tenían un equipo de sonido propio que el tío Ignacio había comprado con una plata que se había ganado vendiendo ropa en una Navidad. El equipo le pertenecía a Ignacio, pero Ricardo y

Santiago (cuando estaba) podían usarlo. A mí me hubiera gustado que Ignacio demostrara esa confianza conmigo, pero ellos tenían una relación mucho más cercana. Como la mía con Tina. Ellos eran cómplices, compartían secretos, libros y revistas.

La abuela era como un comodín que navegaba por todos los bandos sin restricciones. Si tuviera que elegir una imagen diría que éramos un diagrama de Venn en el que cada conjunto tenía el mismo elemento en común, el mismo núcleo: la abuela. Todos competíamos por su apego y compañía. Su presencia mágica y sanadora era codiciada por todos.

Recuerdo especialmente una tarde en que la abuela me ayudaba con una tarea. Mis primas la afanaban para que viera una película con ellas, pero la abuela se retrasó por estar conmigo y la película comenzó sin ella en el sillón. Andrea, la mayor, se puso a llorar, bajó al comedor donde estábamos y le habló a la abuela con insolencia. Le dijo que siempre dejaba las actividades que tenía con ella y con Juliana para atender a la “pobre niña abandonada”, es decir, a mí.

El rostro de la abuela se desfiguró al oír esas palabras. Para mí no eran una novedad. Cuando jugábamos en el humedal y me escondía con Tina o les molestaba algo de mí, me decían que ellas no me tendrían compasión por ser la “pobre niña abandonada” y que se vengarían de mí cuando la abuela se descuidara. A mí no me importaba. No les tenía miedo. No me importaba que me dijeran abandonada o recogida; yo sabía que no era verdad. Lo que me fastidiaba era que dieran por hecho que mi mamá me había dejado tirada. Yo sabía que mi mamá no me había abandonado. Había estado con ella, conocía su mirada dulce, había sentido sus abrazos en más

de una ocasión y entendía que me amaba. Sabía que contarles esos detalles, mostrarme así de vulnerable, me dejaría a merced de ellas y no pensaba darles el gusto.

— ¿Qué fue lo que dijiste, muchachita? — preguntó la abuela furiosa en un tono que pareció un estruendo de gong. Aterrada, repentinamente pálida, Andrea abrió bien los ojos y su barbilla comenzó a temblar. Tuvo que mojarse los labios para poder ganar tiempo y pensar una respuesta.

— Perdón, abuela, pero es que siempre es lo mismo. Rosario nos daña todos los planes que tenemos contigo y nosotras también tenemos derecho a pasar tiempo juntas — insistió con voz entrecortada y un amago de lágrimas que no alcanzó para detener la ira de la abuela.

— La razón de esa visión tan corta de la vida — le dijo, apenas conteniendo la furia — es esa maldita envidia que te carcome por dentro. — Y elevando un poco más la voz — No quiero oírte repitiendo esas palabras ociosas y te exijo que te disculpes de corazón con Rosario. Ya sabes, Andrea, si uno no tiene nada bueno que decir, entonces es mejor no decir nada. ¿O es que alguna vez me has escuchado hablando de tu papá? No, ¿cierto? Entonces aprende de una vez que la lengua es mejor dejarla quieta porque, una vez salen las palabras, se graban en el aire y dejamos de ser dueños de ellas.

Luego se levantó de la mesa y nos abandonó allí a las dos, a Andrea y a mí, llenas de rabia y desconcierto. Yo la seguí, pero la abuela cerró la puerta de su habitación tras ella y yo me senté en el salón de la televisión con una revista en la mano para disimular que estaba al borde del llanto.

Uno de esos sábados en que todos estábamos en la casa, el tío Ignacio empezó a quejarse de que no había comido nada en todo el día. No sé si lo hizo como una excusa para escapar momentáneamente de la lógica de los bandos o si sabía que yo andaba inapetente por esos días.

El caso es que aprovechó que yo estaba leyendo sola en un rincón de la sala y me invitó en voz baja —Oiga, china, ¿me acompaña a comer algo? — Yo levanté la mirada de la revista y le pregunté sonriendo —¿*Roastbeef*? — Era como un santo y seña, una clave secreta que usábamos para evadirnos de todos.

El sándwich de *roastbeef* era nuestro favorito y de vez en cuando nos escapábamos a Beefy Bites Café, un lugar que parecía una fuente de soda gringa de los años sesenta, donde vendían los mejores sándwiches de la ciudad.

Mientras esperábamos la orden me preguntó:

— ¿Qué le pasa, china? ¿Por qué anda tan triste?

No respondí. Preferí evitar hablar de lo que había pasado con Andrea o de lo que pasaba con Tina. No tenía palabras para contarlo. En esos días todos los recuerdos me producían ardor en las entrañas, me debilitaban y me quitaban el aire. Sentía el estómago lleno, como si me hubiera tragado una almohada. La boca se me ponía pastosa cuando intentaba hablar de lo ocurrido. No quería nombrar la situación. Sentía que si contaba mi historia dejaría de ser una pesadilla, un espacio de dolor imaginario en mi mente, para convertirse en una realidad tangible, evidente para todos.

El tío puso la bandeja en la mesa y vi el sándwich frente a mí. El olor de las papas fritas estimuló un poco el estómago. Agarré una papita caliente, la hundí en salsa de tomate y cuando la tuve en la boca sentí ganas de vomitar. Ignacio me miró extrañado sin dejar de devorar su comida. Intenté darle un mordisco al sándwich, pero tampoco fue una experiencia agradable. Mastiqué y mastiqué el bolo de láminas de carne y pan, pero no pude deshacerlo en mi boca.

Tuve que mantenerlo por largo rato hasta que por fin logré tragarme ese único bocado. Me di por vencida y dejé la bandeja a un lado.

Quería irme pero el tío dijo que no volveríamos a casa hasta que terminara la comida o le contara por qué no quería comer. Me quedé inmóvil unos minutos. El tío dibujaba mamarrachos en el individual de papel para darme tiempo de comer o contar. Quería decirle que Tina no quería ser mi amiga, que no entendía por qué, pero me atacó el llanto. Sollocé un rato hasta que me sentí aliviada y solo entonces pude hablar. Le conté que Tina me ignoraba, que no me contestaba, que se había cambiado de puesto tanto en el bus como en el salón. También le dije que desde entonces la señora Alba la esperaba vigilante en el paradero para asegurarse de que yo no me bajara con ella. El tío me miró con los ojos largos y me dijo que siempre hay que estar donde lo quieren a uno.

—Si siente que incomoda, Rosi, ahí no es. Mire, es normal estar triste cuando peleamos con los amigos, pero créame que las peleas también son parte importante de la amistad.

Yo le respondí brava que Tina y yo no habíamos peleado. Me irritaba que pensara que era una pelea infantil sin importancia, un altercado cualquiera. El tío se dio cuenta que me había molestado y me preguntó:

—Si no pelearon ¿cree que hizo algo para que Tina se comporte así con usted?

Ya había esculcado todos mis recuerdos buscando algo que hubiera podido provocar su rechazo, pero había sido inútil. No quería revivir la amargura de esos primeros días de distanciamiento. Le respondí que no le había hecho nada y que era ella la que había decidido ignorarme sin peleas ni enfrentamientos.

—Eso está raro ¿no le parece? — Me dijo el tío con algo de incredulidad. Seguramente yo le dije algo con mis gestos porque retomó la idea. —Se lo pregunto porque yo siempre la

cago sin darme cuenta. A veces digo cosas que la gente se toma muy mal y me toca disculparme así no lo haya hecho intencionalmente.

Ahora era yo quien lo miraba con incredulidad. El tío no andaba pidiendo disculpas y sabía que lo que buscaba con esa historia, que no se creería ni él mismo, era que yo le revelara el secreto, pero no había nada que compartir. Yo no tenía idea qué había quebrado irremediablemente mi amistad con Tina y que el tío estuviera metiéndome el dedo en la herida no cambiaba la situación.

Cuando Ignacio se dio cuenta de que no le diría nada más insistió en que comiera algo. Se veía preocupado por mi inapetencia y repetía que el sándwich estaba delicioso, pero yo no quería someterme más a ese suplicio de tragar lo que mi estómago rechazaba. Lo envolví en el papel donde me lo habían servido y dije que me lo llevaría para comérmelo más tarde.

De regreso el tío me abrazó y me dijo que él siempre estaría de mi lado. Intentó convencerme de que no estaba sola y que podía confiarle hasta los secretos más oscuros y él jamás me juzgaría.

Su apoyo hizo que la noche llegara más liviana, aunque las bocanadas de aire con las que intentaba llenar mis pulmones no me quitaran del todo la sensación de asfixia.

En esos días la abuela también hizo sus indagaciones. Ella quería saber de mi boca lo que había pasado y, una noche sin más preámbulos, me llamó a su habitación para extraer como fuera mi versión.

—Ahora sí, cuéntame lo que pasó con Tina — me dijo con dulzura.

Yo no quería hablar más del tema, ya le había contado todo al tío y repetir el relato de los hechos era como revivirlos. Se sentó a mi lado en la cama y pasó su enorme brazo sobre mis hombros mientras sonreía con compinchería, como si fuera a contarle fuera un chisme.

La lengua se me puso pesada pero era imposible negarle una conversación a la abuela. Le hice un resumen parecido al que ya le había hecho al tío. La abuela permaneció callada unos segundos y antes de que el silencio se pusiera incómodo me preguntó —¿No te dijo por qué no quiere que sigan siendo amigas? ¿Pasó algo entre ustedes? ¿Pelearon por algún muchacho? — Insistió tratando de entender, pero le contesté la verdad; que no sabía por qué había dejado de hablarme pero creía que su mamá le había prohibido mi amistad porque ahora la señora se paraba como un policía en el paradero para cuidarla de mí.

—Ah, ¿sí? — dijo la abuela dando un grito rabioso que le coloreó en segundos las mejillas. —Pues mejor así, mijita. Yo tampoco quiero que siga siendo amiga de esa niña que no valora la amistad y que es tan cobarde que, en vez de darle la cara y decirle por qué está molesta, le da la espalda. Esas amistades no sirven Rosarito. No quiero volver a ver a esa niña ni a Alba en esta casa. ¿Me entendió? Ya no son bienvenidas.

Me sentí mejor al darme cuenta de que el tío y la abuela estaban de mi lado. Me parecía un poco exagerado que la abuela me prohibiera la amistad con Tina. Cuando las niñas del colegio se peleaban, al poquito tiempo se reconciliaban. ¿Qué tal que Tina me pidiera perdón y que yo la aceptara de vuelta, pero la abuela no, y no pudiéramos volver al humedal por las tardes o hacer las tareas juntas? No le dije nada a la abuela para no arruinar el momento de complicidad. Me le metí entre los brazos y ella me apretó contra el pecho donde me sentí protegida; inhalé el aire que traía su olor a talco con el que por fin me rellené los pulmones.

Poco tiempo después, mi primo Ricardo y el hermano de Tina se fueron a los puños y esto terminó de acabar la fraternidad que mantenían las familias. Nadie supo muy bien cuál fue

el motivo, pero un amigo de Andrea que había visto todo nos contó que Ricardo le había dado un puñetazo fulminante que lo había mandado a “la lona” al instante. K.O. Ese día Ricardo llegó embarrado a la casa y con la piedra afuera. Se encerró con la abuela en su habitación, se bañó y nunca volvió a hablar del tema.

Al principio, traté de averiguar qué había pasado ese día, pero cuando me enteré de que había llegado así porque se había dado en la jeta con el hermano de Tina, me dio miedo seguir preguntando. ¿Qué tal que Tina le hubiera dicho a su hermano lo que habíamos hecho y se le hubiera ido encima a Ricardo por mi culpa? ¿Qué tal que Ricardo le hubiera pegado por defenderme de alguna acusación? En el fondo yo sospechaba que esa pelea tenía que ver conmigo porque de no ser así, Ricardo ya me habría contado lo ocurrido.

Me intrigaban las razones de la riña o lo que pudiera saber Ricardo de mi cercanía con Tina. Había notado que en la casa bajaban la voz cuando yo entraba en la habitación o intercambiaban miradas si notaban mi presencia. Desde que Tina se había arrancado de mi vida tenía una sensibilidad aumentada a lo que pasaba a mi alrededor y presentía que mis problemas con mi examiga se habían extendido a todos los miembros de ambas tribus.

La alianza familiar se hizo polvo cuando la abuela vetó a Tina y al resto de sus aliados de la casa. A veces nos los encontrábamos en la tienda o por la calle y nos alejábamos sin siquiera mirarnos. No volvimos a compartir ni un saludo. Cuando la abuela se encontraba con Alba en el supermercado, dejaba el carrito tirado y se iba a dar una vuelta para no verla y cuando se topaban Ricardo y el hermano de Tina en la calle, se repelían como polos magnéticos del mismo tipo.

Algo parecido ocurría cuando veía a Tina a lo lejos; me escondía para no encontrármela. Cuando era inevitable, como el día en que entré a la tienda y no me percaté de su presencia. Ella

se alteró apenas notó que estaba ahí pero yo literalmente pegué un brinco del susto cuando me di cuenta de que era Tina la que estaba allí, recogiendo un pedido. Ya había entrado al local y era demasiado tarde para huir. Nuestras miradas se encontraron y ella bajó los ojos de inmediato. Se concentró en el rollo de billetes que tenía en la mano y comenzó a contarlos. Yo me acomodé en la otra esquina del mostrador a esperar mi turno mientras ella pagaba y fingía que no me conocía. Apenas recibió la compra se alejó rápido sin mirar atrás. Alguna vez me pregunté qué habría pasado si Tina y yo nos hubiéramos encontrado en otro lugar, lejos de nuestras familias. Supuse que quizá habríamos hablado, que me habría dado una explicación para su conducta, pero ese día quedó claro que nuestra amistad era cosa del pasado y que no estaba dispuesta a reanudar el contacto.

Me fui acostumbrando a la hostilidad en el ambiente que sepultaba los recuerdos de nuestra amistad. Las heridas, vivas todavía, ardían cuando llegaban a mi mente fragmentos de un pasado feliz junto a ella, pero me fui reagrupando en la lealtad y la contención familiar. La abuela decía que uno solo cuenta con la familia y que “amigo era el ratón del queso”.

Al principio quise mantener en el recuerdo los buenos tiempos del frente unido, pero un día Juliana me contó que había escuchado a Tina diciendo que ella se había alejado de mí porque yo era tan detestable que hasta mi mamá me había dejado tirada con mi abuela y mis tíos, que eran todos unos salvajes. Esa tarde se cerraron las heridas y el dolor se convirtió en un impulso destructor con el que quería borrarla del planeta. Quise declararle la guerra, la odié por traicionera, por mentar mi nombre y difamar a mi familia. Su hipocresía me daba asco. Quería bombardear su casa con todos sus integrantes dentro. No solo desapareció el dolor sino que me alegró su repentina ausencia.

Reconozco que el odio me salvó de la incertidumbre en la que me dejó Tina cuando se marchó. Ahora sabía lo que realmente pensaba sobre mí y eso era suficiente para entender que no fui yo quien la alejó sino su lengua. Sentí alivio. Expatriada y sola, me rendí sin oponer resistencia. Levanté murallas, acepté la derrota y la caída de nuestra república independiente.

Tina se fue convirtiendo en una extraña para mí. La veía sentada en círculo con otras compañeras a las que ni siquiera había notado en el salón. La veía sonreír con las demás con esa familiaridad que solíamos tener y que yo definitivamente no había vuelto a tener con nadie. Salir al descanso se convirtió en una tortura porque no tenía con quién compartir la merienda o hablar de los demás. Andaba por los corredores sintiéndome ajena y extraña en cada rincón. Vivía buscando escondites para que nadie me viera sola y evitar confirmar la versión de Tina. Pasaron varios meses antes de que mi autoaislamiento comenzara a ser una preocupación en la casa. Juliana le había contado a la abuela que nunca me veía en los recreos y que nadie sabía dónde me metía. La abuela le pidió averiguar dónde estaba y con quién.

Juliana cumplió con la misión y un día, salió muy rápido del salón, minutos antes de terminar su clase. Esperó hasta verme salir a recreo y apresurar el paso hacia el gimnasio. Me siguió y me vio entrar a uno de mis escondites: una bodega de implementos deportivos donde había una colchoneta y algunos balones medicinales que a veces me servían de cojín o almohada. Al acomodarme vi a Juliana parada en el marco de la puerta mirándome con lástima. Corrió hacia mí y me abrazó con fuerza.

—Perdóneme Rosi, yo no sabía que usted andaba así de sola...— Sus palabras sonaron como un atentado. Terminé su abrazo con suavidad para no hierla, pero quería empujarla y sacarla de ahí.

No quería su compasión. Ni la de ella ni la de nadie. Me molestaba que hubiera descubierto mi escondite y mi verdad. Se abrieron paso lágrimas iracundas entre el orgullo y se derramaron furiosas. Me había convertido en una llorona, me indignaba no poder controlar mi sentimiento, quedar en pelota y vulnerable, sobre todo frente a ella, que al menor problema usaría mi soledad para burlarse. Sabía cómo eran mis primas y esa intromisión me ponía en riesgo.

Juliana tenía información sensible y privilegiada, sabía que había perdido a mi única amiga y ahora también tenía la certeza de que nadie quería mi amistad. Me sentía menospreciada y engañada. Me perturbaba haber confiado en Tina.

Para sorpresa de todos, incluyéndome, Juliana se convirtió en mi nueva cómplice. A pesar de ser un año menor, su dulzura terminó abriéndose camino y calentando mi corazón. Sus amigas eran divertidas y toleraban mi presencia en su grupo solo porque era la prima rechazada de Juliana y no podían hacerme el feo. Con el tiempo nos volvimos buenas compañeras, eso sí, pero nunca las consideré verdaderas amigas. No pude entrar en la categoría de confidente con ninguna del grupo después de mi separación de Tina. Me volví desconfiada. No quería sentirme vulnerable. Sabía que si me abría nuevamente correría el riesgo de que mi confidente usara mis secretos en beneficio propio. Sabía que tarde o temprano me convertiría en comidilla de otros así que aprendí a cuidar cada sílaba. No compartía mis secretos, jamás hablaba de mi mamá y respeté la promesa que le hice a Tina la tarde en la que nos besamos por primera vez y acordamos no contarle a nadie lo que sucedió entre nosotras.

Hablaba poco de mí, me daba seguridad el silencio porque lo controlaba. Guardaba un secretismo que no sabía de dónde venía pero que me ayudaba a cumplir con la fantasía de hacerme invisible. La abuela decía que entre menos supiera la gente de uno, mejor. Antes de Tina, me parecía que la abuela exageraba. No entendía por qué vivía tan obsesionada con evitar verse envuelta en habladurías o chismes, pero después comprendí que solo quienes nos conocen de verdad pueden destrozarnos. La confianza era una debilidad ante la que no podía rendirme. Lección aprendida.

Escuchaba atenta, eso sí, a lo que mis compañeras contaban. No hacía preguntas y respondía a las suyas con frases de cajón. Callaba siempre que Juliana y su clan hablaban de las otras niñas. Temía convertirme en el objeto de sus burlas así que me reía al tiempo con ellas fingiendo complicidad, pero me sentía incómoda. Como habían acabado por adoptarme en su grupo, se acostumbraron también a mis silencios. Debo decir que, pese a todo, gracias a ellas logré sobrevivir al colegio y a la soledad.

En casa también hubo cambios. La tía Patricia decidió comprar un apartamento cerca a la casa de la abuela para vivir con sus hijas cómodamente. Al principio sentí frustración. Por fin llevaba la fiesta en paz con las primas y ahora se mudaban. El tiempo siempre encuentra la manera de recordarnos que estamos solos y que nada está bajo control.

Yo no era consciente de la falta que podría hacerme Juliana, hasta que vi por la ventana el furgón de acarreo y a un trío de machotes forrados en camiseta que subían y bajaban la

escalera con cajas en la espalda que acomodaban en la bodega del camión. No me moví de la ventana durante la ceremonia del trasteo.

Al despedirme se me salieron unas lágrimas. La tía Patricia pareció conmoverse y me tranquilizó diciendo que solo se mudarían a unas pocas cuadras y que seguiríamos viéndonos tanto en el colegio como en la casa. Estuve cansada el resto de la tarde, sentía una pesadez en el cuerpo que me obligó a acostarme en un cuarto enorme que me recordaba que Andrea y Juliana ya no estaban. Se habían llevado el camarote donde dormíamos Andrea y yo y me habían dejado la cama sencilla de Juliana flotando abandonada en el espacio vacío.

La abuela en su clarividencia se dio cuenta de que la partida de las muchachas me entristecía y para distraerme me propuso redecorar la habitación que ahora era solo mía. Fuimos a comprar revistas de decoración y telas con las que la abuela pensaba hacer nuevas cortinas y cubrelechos. Se la veía feliz imaginando cómo quedarían las nuevas habitaciones. No hizo ni un día de duelo por la partida de las muchachas. La misma noche de la mudanza ya estaba acomodando a Ignacio en el cuarto de la tía Patricia, al que le arrancó las cortinas inmundas como acto inaugural.

Extrañaba desayunar con las primas, pero las ventajas de su ausencia eran suficientes como para dejarlo pasar. Había una habitación para cada miembro de casa, excepto para Ricardo que todavía la compartía con Santiago en teoría, pero no en la práctica. Las duchas pasaron de ser cortas y cronometradas a ser un poco más largas y tranquilas. En casa había calma y descubrimos que la presencia de la tía Patricia era más densa de lo que todos creíamos. El único inconveniente en la reorganización fue el duelo tuvo que hacer Ricardo cuando Ignacio trasladó el equipo de sonido a su nueva habitación.

Seguimos viéndonos con Juliana todos los días en el colegio y la sentía más cercana después de la mudanza. Ellas también estaban felices en su nuevo hogar y cada día lo arreglaban más bonito, pero yo no me sentía bienvenida por la tía Patricia. Ella creía que no me daba cuenta, pero era claro que buscaba cualquier excusa para evitar que pasara la tarde en su casa. Decía que tenían que salir, que iba a hacer mercado o a hacer una visita para evitar que mi estadía se alargara más de la cuenta. Además la abuela me obligaba a volver a casa antes de que sirvieran la cena. Tampoco me dejaba aceptar nada a la tía sin su permiso. Eso me daba desconfianza, sentía que algo había pasado entre ellas y que me lo estaban ocultando. Incluso un día, rompiendo mis reglas autoimpuestas, se lo pregunté a Juliana. Ella tampoco sabía nada, pero admitía que ella sentía que las cosas estaban raras.

Las sospechas se aclararon el día que llegué a casa y escuché a la abuela hablando por teléfono entre dientes. Me pareció sospechoso el tono, así que me detuve en seco antes de que notara mi presencia y me escondí tras las escaleras donde podría escuchar la conversación sin ser vista. La abuela intentaba mantener la voz baja, pero las palabras le salían temblorosas y transparentes.

—Entiendo que no hay mucha plata para el mercado, Patricia, pero acá todos le hemos ayudado para que a usted y a sus hijas nunca les falte nada. Una taza de chocolate o de sopa no se le niegan a nadie. Yo traté de enseñarles a mis hijos a compartir lo que se tiene. Donde come uno comen dos y hasta tres, Patricia. No creo que esté armando un problema por una taza de chocolate y un pedazo de queso que, además, usted ofreció.

Ahí tuve la certeza de que hablaban de mí porque ese día le había recibido una taza de chocolate a la tía para calentarme. Desde donde estaba podía ver las manos de la abuela que

temblaban y dejaban ver la molestia. Continuó la conversación intentando susurrar, pero no pudo contenerse y terminó gritando:

—Si reparte miseria, eso será lo que reciba, hija. Qué tonta, esperar algo de generosidad de usted. No puedo creer que le cobre a Rosario sus problemas con Elena. Rosario es una criatura todavía, está empezando a vivir y no tiene la culpa de nada. La llamo mañana, que la niña ya debe estar por llegar — concluyó, golpeando el auricular contra el disco.

Volví a abrir y cerrar la puerta para que la abuela creyera que acababa de entrar. Mientras salía de mi escondite vi al primo Ricardo, también escondido, en la parte alta de las escaleras. Apenas me vio se puso colorado y desvió la mirada para ignorar que ambos habíamos escuchado la llamada. Saludé a la abuela y ella me ofreció algo de cenar. Comimos los tres, Ricardo, la abuela y yo. Nadie dijo ni una palabra durante la cena. La abuela se veía afectada. Ricardo no despegó sus ojos del plato desde que se sentó hasta que terminó y yo, que no era muy conversadora, pasé desapercibida. Para aquel entonces ya era una experta haciéndome invisible. Desaparecía a la vista de todos.

Estaba tan disociada en ese entonces que me desdibujé hasta para mí. Me encontraba en el silencio y dejaba que mi mente hiciera recorridos caprichosos durante horas. Seguía los pensamientos, me dejaba perseguir de los miedos, permitía que todo fluyera dentro de mí y lo contenía para no dejar rastro en este mundo. Me sentía cómoda en mi soledad. No le conté a Juliana que había escuchado la llamada, pero inevitablemente me volví a cerrar. Cuando Patricia le prohibiera mi amistad yo ya estaría lista y no me volverían a hacer pedazos como lo hizo Tina.

Cada tanto el recuerdo de la abuela al teléfono con la tía Patricia me acosaba. Quería olvidar las palabras de la abuela. Muchas noches me quedé dormida imaginando una respuesta inteligente para la mezquindad de la tía ¿cómo reaccionaría la abuela si le contara que sabía que la tía me odiaba porque odiaba a mi mamá? Elena. Era raro oír a la abuela mencionar el nombre de mi mamá. Elena.

Elena ¿por qué te ocultan? Elena ¿por qué te fuiste? Elena ¿me abandonaste? E-le-na.

Retraída en el silencio, se amplificaban las dudas y los interrogantes. Me asaltaban las preguntas sobre mi mamá. ¿Por qué tanto odio de parte de la tía Patricia? ¿Por qué la abuela no hablaba de ella? ¿Por qué evitaba el tema? ¿Por qué nadie la mencionaba? Las dudas vibraban en mi alma día y noche.

Soñaba que me encontraba con mi mamá en el humedal y nos escondíamos en el cucho que, en mi sueño, se parecía a una cabaña en el bosque. Nos sentábamos una frente a la otra, ella me tomaba las manos y me decía: «pregúntame lo que quieras». Cuando iba a preguntárselo todo, pasaba algo y terminaba en otro lugar o en medio de otra acción. Hasta en el sueño era imposible alcanzar respuestas.

Por esos días deambulaba por el humedal con mi *walkman* sin prestarle atención a nadie, dejando que la música se mezclara con las dudas. La incertidumbre se instaló en mí y echó raíces tan profundas que engendró la necesidad de saber más sobre mi mamá. Las caminatas por el humedal eran excusas para dejar que mi cabeza se despegara de la realidad para entregarme a un juego de invenciones y fantasías acerca de mi madre. Me la imaginaba trabajando en una oficina en los Estados Unidos. Me angustiaba darme cuenta de que sabía tan poco de ella. Si le preguntaban por su hija, la abuela algunas veces contestaba que se había marchado al extranjero.

Por eso en mi película ella hablaba en inglés, pero la verdad no sabía si estaba fuera del país o si trabajaba en una oficina o en un jardín. Tenía tantas preguntas para hacerle a la abuela que no sabía cómo preparar el terreno para esa conversación. Era claro que mi mamá no era el tema favorito de la abuela. Conocía el tono que ponía cuando le preguntaban por ella y no había duda de que lograba desviar el tema con maestría y evitaba a toda costa hablar de ella. Yo, sin embargo, necesitaba aclarar el panorama. Las dudas se habían convertido en una tortura que por momentos me hacía perder la cabeza.

Vivía distraída y ausente en la casa hasta que un día Ignacio se enfureció conmigo porque no quise hacerle un favor y me enfrentó a gritos.

No me parecía para tanto. Muchas veces en el pasado me negué a hacerle favores, pero esta vez la ira le ganó la partida y, entre alaridos, me dijo que estaba cansado de que nadie pudiera contar conmigo para nada. Que ellos no estaban en deuda conmigo y que debía estar agradecida todos los días por la vida que me habían dado.

Yo me sentía afortunada de tenerlos, por supuesto, pero nunca sentí que debiera estar agradecida porque no creía que me estuvieran haciendo ningún favor. Seguramente le puse alguna cara extraña porque él siguió desencajado:

—¡Aprovechada— dijo — deje de victimizarse por su situación, ¡tiene huevo!— y se levantó, rojo de furia.

Quedé en la sala de televisión, sola, con una sensación desagradable en el pecho. Tuve la misma impresión que producen las nubes cuando cubren el sol y provocan un helaje momentáneo. Me quedé firme unos instantes procesando lo que había escuchado. Ignacio poquísimas veces se había molestado de esa forma conmigo. Jamás lo había visto tan irritado.

Sin embargo, no sentía que hubiese cometido una falta tan grave como para que mi tío favorito me gritara de esa manera. Sus palabras hacían eco en mi mente y en cada repetición tomaban más fuerza. ¿Aprovechada? ¿Víctima? ¿“Mi situación”? ¿Qué situación era esa? Le exigía en mi cabeza que me diera explicaciones, que me dijera qué quería decir con eso de “mi situación”. Con cada segundo que pasaba, el impacto inicial de los gritos devenía rabia en su estado más puro. Los ojos se me llenaron de lágrimas furiosas. ¿Qué quería decir Ignacio? Quizás se refería a mi mamá o a Tina. Seguía sin entender cómo sus ausencias podrían darme alguna ventaja. Por primera vez cuestioné sus maneras y lo sentí cruel. Me encerré en mi habitación para no darles más problemas ni a Ignacio ni a la abuela. Lloré hasta ahogarme con los suspiros. Imaginé que así debía de sentirse un toro de lidia después de los puyazos. Un dolor comprimía mis órganos. Quería desaparecer. ¿De modo que el tío sentía que yo era una carga y me estaba haciendo un favor teniéndome en su casa? ¿Y la abuela también estaría cansada de mí?

Los niños deben estar junto a sus papás pero mi mamá me había dejado a cargo de la abuela. Quizá era cierto lo que decían: que, era tan desagradable que hasta mi mamá me había dejado botada en esa casa, junto a mis tíos los salvajes.

Intenté escuchar música para sacarme las palabras del tío de la cabeza, pero no dio resultado. Me sentía herida aunque no débil. La rabia acumulada contra Ignacio me mantenía activa. El tío me había revelado que había “una situación”, un secreto que me ocultaban y del que, para mi sorpresa, podía sacar ventaja. Quería que me hablaran claro de una vez por todas, él y la abuela. Quería ver a mi mamá, hacerle preguntas. Necesitaba deshacer el nudo que tenía en mi consciencia. Estaba decidida a hablar con ellos y preguntarles por Elena, por mi mamá. Estaba cansada de que hablaran a mis espaldas, que susurraran cuando creían que yo estaba en

mi habitación o intercambiaran miradas cómplices. Si Ignacio y la abuela me hacían un favor
teniéndome en casa entonces necesitaba a mi mamá y ellos eran los únicos que sabían dónde
encontrarla.

BIBLIOGRAFÍA

1. BEAUVOIR, S. (1987). EL SEGUNDO SEXO (1a. ed.). Buenos Aires: Siglo XX.
2. ÁNGEL, A. (1981). Estaba la pájara pinta sentada en el verde limón (2ª. ed.). Bogotá: Plaza y Janés.
3. OSORIO LIZARAZO, JA. (1952). El día del odio (1a. ed.). Bogotá: Ediciones López Negri.
4. RILKE, R. M. (1993). Cartas a un joven poeta. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Alianza Editorial